

RAFFAELE CANTARELLA

LA LITERATURA GRIEGA CLASICA

LOSADA

LAS LITERATURAS DEL MUNDO

Enciclopedia universal de las literaturas

dirigida por
RICCARDO BACCHELLI, GIOVANNI MACCHIA
Y ANTONIO VISCARDI

Edición española al cuidado de
ATTILIO DABINI



RAFFAELE CANTARELLA
de la Universidad de Milán,
de la Accademia dei Lincei,
Dr. h. c. de la Universidad de Atenas

LA LITERATURA GRIEGA CLASICA

Traducción de
ANTONIO CAMARERO
de la Universidad Nacional del Sur,
Bahía Blanca

EDITORIAL LOSADA S. A.
BUENOS AIRES

Título original
LA LETTERATURA GRECA CLASSICA

Queda hecho el depósito
que previene la ley 11.723

IMPRESO EN LA ARGENTINA

PRINTED IN ARGENTINA

A
Roberto y Ettore,
para que me recuerden

PREFACIO

La historiografía de la literatura griega cuenta con numerosas obras, estimables en diversa medida según sus variadas características, que documentan el constante esfuerzo de profundizar la comprensión de esta literatura desde tantos puntos de vista paradigmática, y de actualizar su interpretación según los principios de la crítica histórica y literaria. Así, desde la monumental pero lamentablemente incompleta Geschichte der griechischen Literatur *de Wilhelm Schmid (vols. I-V, München, 1929-1958, con cerca de 3.500 páginas en octavo que alcanzan solamente hasta fines del siglo V), gloria del método fundamental histórico-filológico que es indispensable para toda investigación de este género, se llega a través de diversas gradaciones a la luminosa síntesis de Gilbert Murray,* The literature of ancient Greece, *University of Chicago Press, 1956, por citar uno de los más logrados libros del género. En este campo, Italia se encuentra hasta ahora presente únicamente con algunas obras de carácter escolar, aun cuando alguna de ellas, dentro de tales límites, pueda resultar verdaderamente estimable. Iniciativas de mayor alcance quedaron desgraciadamente apenas en sus comienzos (Camillo Cessi,* Storia della letteratura greca, *vol. I, parte I, Torino, 1933, con cerca de 1.000 páginas que tratan de los orígenes y de Homero) o han sido solamente anunciadas.*

Podría ser ya ésta una razón suficiente para justificar nuestro libro, si tuviera necesidad de justificación. Pero, por nuestra parte, consideramos haber emprendido un camino diverso, que era preciso tomar para llevar de nuevo la historia de la literatura a su función esencial de valorización crítica del hecho literario, basada obviamente en los resultados más apreciables y actualizados de la investigación histórico-filológica. Por otro lado, mientras las obras más estimables de criterio científico ponen en evidencia el aparato filológico y bibliográfico (sirva como ejemplo de todas ellas la reciente y muy valiosa Geschichte der griechischen Literatur *de Albin Lesky, Bern, 1963, un verdadero modelo, de la que ha aparecido también una traducción italiana), nos-*

otros hemos estimado oportuno sobreentenderlo y casi ocultarlo en el curso de la nuestra, presentando al respecto lo más esencial, es decir, la problemática y los resultados más considerables de la investigación filológica. Reconociendo, sin embargo, su importancia como base insustituible —lo repetimos con plena convicción— de toda seria disquisición crítica y orgullo honroso, al mismo tiempo, de cerca de dos siglos de investigación, hemos complementado el volumen con una seleccionada "Nota bibliográfica" de los últimos decenios.

Estas historias de la literatura presuponen el conocimiento del objeto de que tratan, es decir, de la literatura griega, lo que resulta imposible dada la extensión de la materia. Obviamente también lo es para nosotros. Por ello, hemos querido ofrecer, respecto a las obras literariamente más importantes, los resultados críticos de una lectura hecha, al menos en parte, juntamente con el lector, haciendo hablar directamente al poeta o al escritor en los lugares más significativos. Naturalmente la aplicación integral de este procedimiento habría requerido una extensión mucho mayor de la presente, a la que nos vemos limitados. Pero lo hemos hecho en otro lugar, en dos amplios volúmenes de Pagine della letteratura greca classica *publicados en esta misma colección, que consideramos un complemento indispensable de la presente obra y que, por ello, proponemos a la atención y juicio del lector como parte constituyente de un solo conjunto orgánico con esta* Historia. *Asimismo donde no ha sido posible la lectura de los textos, hemos incluido amplios y directos resúmenes de las obras. De este modo hemos entendido concretar la apreciación crítica a un terreno efectivo, aunque más no sea mediante la necesaria autoridad de la traducción* [1]*, y ofrecer al lector no solamente los documentos de nuestro juicio sino también, eventualmente, los argumentos de su propio disentimiento.*

Una producción inmensa de cerca de quince siglos, que las vicisitudes de su transmisión hicieron disminuir ampliamente pero dejándonos todavía algunos millares de volúmenes, tal es, en cuanto a su extensión, la literatura griega. De toda esta materia no existe una compilación completa y actualizada; y, si existiera, no sería una historia de la literatura griega, sino una historia de lo que ha llegado hasta nosotros de la producción escrita de la cultura griega. Y esto es algo distinto de la literatura.

Con este nombre entendemos, en cambio, el conjunto de obras que tengan importancia por su expresión artística, tanto en poesía como en prosa, o por su pensamiento (filosófico, científico, histórico, etc.). Por consiguiente, se buscarán en vano en esta

[1] Las traducciones incluidas en el texto son del autor [versión aproximada del traductor al español].

Historia *los nombres de muchos poetas dramáticos de la época clásica y helenística, o los de innumerables autores de obras gramaticales, filológicas, arqueológicas, retóricas y científicas en general de la época helenística e imperial, como asimismo los de centenares y centenares de historiadores. Todos ellos pertenecen a la historia de las respectivas disciplinas y deben ser buscados en los repertorios especiales. No hemos creído, en cambio, oportuno la exclusión de la literatura de inspiración cristiana, no solamente porque es con pleno derecho griega, sino sobre todo porque representa la parte más vital, tanto por su contenido como por su forma, de los últimos siglos de su historia y porque constituye, en fin, un hecho de enorme importancia histórico-religiosa y cultural, elaborado siempre asimismo en la lengua, modos y espíritu griegos. Por estas razones, llega a ser uno de los componentes fundamentales de la civilización, de nuestra civilización occidental y europea.*

La base de nuestro tratamiento es fundamentalmente histórica. El arte, todo arte, es un hecho autónomo del espíritu pero, como cualquier otro fenómeno humano, nace en su tiempo. Y no sin razón. Puede incluso suceder, después, que en la perspectiva histórica este hecho de pertenecer la obra de arte a su propio tiempo constituya un aspecto pasajero; pero precisamente del hecho de estar inmersa en su propia época es de donde llega el arte a la originalidad y al mismo tiempo a la universalidad. Lo que para nosotros es historia, fue en aquel momento la vida, la realidad, en todas sus manifestaciones, y esto es también algo de que se nutre el arte, pues no es flor ésta que brote al azar o indiferentemente en cualquier terreno, aunque nadie pueda explicarnos, en último extremo, porqué nace en tal momento o lugar.

Por estas razones hemos tratado de esclarecer, aun cuando sea brevemente, el momento político, social, económico y cultural en que nace la obra de arte, sin supeditarnos a esquemas y preconceptos de cualquier género. Y por el simple hecho, al respecto, de que el arte ha existido siempre, en todas las épocas y en todas las condiciones, nos parece refutada plenamente la concepción materialista y determinista del arte. En el esplendor y en la miseria, en el poderío y en la decadencia, en la libertad y en la esclavitud, en la riqueza y en la pobreza, en las cortes y en las casas, siempre florece el arte, misteriosamente, en el corazón de los hombres. Y esta es también una de las grandes lecciones de la civilización griega.

Por estas razones, en fin, hemos seguido como norma el desarrollo histórico de los hechos literarios, sin atribuir, por ello, valor de categoría a las épocas y períodos. Son éstos abstracciones, tal vez útiles pero peligrosas, como lo son las clasificaciones, los esquemas y, en suma, los "géneros". Cuando deja de haber grandes figuras se observa entonces de manera especial qué es

en realidad el "género": tradición, continuidad, sentido de la historia. En cuanto tal no puede y no debe causarnos temor, sin olvidar, además, que en toda la civilización griega tradición y originalidad son dos fuerzas activas y cooperantes desde Homero.

Para esta segunda edición, el texto ha sido enteramente revisado y corregido. La bibliografía (que, por necesidades inherentes a la organización de la Colección, se incluye al final de la segunda parte, en forma conjunta la de este volumen con la de la misma) ha sido actualizada hasta el año 1966 inclusive.*

R. C.

Milán, octubre de 1967

* *La literatura griega helenística e imperial,* Buenos Aires, Editorial Losada, 1971. (*N. del E.*)

INTRODUCCIÓN

LA TIERRA

La Hélade (Ἑλλάς), la región donde se establecieron los griegos[2] en los primeros siglos del segundo milenio antes de Cristo, puede identificarse, en cuanto se refiere a las condiciones histórico-políticas de la época clásica, con la parte meridional de la Península Balcánica, limitada al norte por una línea que corre desde el golfo de Ambracia (actual Arta) hasta la desembocadura del Peneo (hoy Gastuni), con inclusión de la Tesalia y exclusión del Epiro, Macedonia y Tracia. País de mediana extensión (su máxima latitud es de 300 Km y la mayor longitud de 400 Km), situado por entero en mares que lo circundan por tres lados (el Jonio al oeste, el Mediterráneo al sur y el Egeo al este) de los que recibe toda su faja costera, sumamente entrecortada, el beneficio del clima templado mediterráneo, es sin embargo predominantemente montañoso (la llanura más amplia, la de Tesalia, supera en poco los 2.000 Km²), con una configuración orográfica accidentada que da origen a numerosos valles de conformación muy irregular, los que hacen difíciles las comunicaciones incluso entre lugares poco alejados en línea aérea. Su régimen hidrográfico es pobre y de carácter torrencial.

Ésta que podemos llamar Grecia propiamente dicha está además integrada por algunos grupos de islas que facilitan sumamente las comunicaciones con los restantes países del Mediterráneo: las Islas Jonias (Cefalonia, Corfú, Zacinto, Ítaca) frente a la costa adriática meridional y Sicilia; Creta, la mayor, centro

[2] "Griegos" es la transcripción romana del étnico Γραικοί, denominación de una pequeña población del Epiro, que se difunde en el siglo IV a. de C. hasta sustituir al antiguo nombre de Ἕλληνες (=helenos). A través de los romanos, mediadores y continuadores de aquella civilización, la palabra pasó después a todas las lenguas europeas; por ello indicamos de ordinario con el término *griego* (y derivados) todo lo que sería más exacto denominar *helénico,* al menos respecto a la época clásica.

obligado de confluencia de todas las civilizaciones mediterráneas; las Islas del Archipiélago en el Egeo (Cícladas: Amorgos, Ceos, Paros, etc., dispuestas como en círculo alrededor de Delos; y Espóradas: Lesbos, Quíos, Samos, Rodas, etc., enfrente de la costa meridional del Asia Menor); y, en fin, Chipre en el corazón del Mediterráneo oriental.

Grecia continental y Grecia insular son, sin embargo, sólo una parte —y en poco la mayor— de las tierras que llegaron a ser griegas por la lengua como efecto de la colonización, y que desempeñaron una función notabilísima en la creación y desarrollo de la civilización griega. Siguiendo los derroteros de la expansión aquea, la primera migración (jónico-eólica, 1100-1000) helenizó las costas del Asia Menor penetrando hasta el Mar Negro (Ponto Euxino); la segunda (siglos VIII-VI) se dirigió a Occidente, a las costas de Sicilia y de Italia meridional (*Magna Graecia*), extendiéndose hasta las desembocaduras del Ródano y las Columnas de Hércules; y la colonización meridional, en fin, estableció florecientes centros comerciales en Egipto y Libia.

El verdadero vínculo entre estos diversos mundos helénicos lo constituyó el Mar Mediterráneo que fue siempre el elemento natural de los griegos. El Mediterráneo contempló la civilización minoica y aquea, la expedición de los Argonautas y la realizada contra Troya, el largo errar de Ulises, las empresas de navegantes y colonizadores, y el imperio, en fin, ateniense; el Mediterráneo hermanó a los griegos y les dio el sentido de unidad cultural frente a los bárbaros, anulando los particularismos comarcales y permitiendo más fáciles relaciones, casi imposibles por tierra; el Mediterráneo, como imagen sensible de la patria en el grito de los Diez Mil de Jenofonte, echó a unos en brazos de otros llorando todos de emoción. Al Mar Mediterráneo impulsaron, en fin, a los griegos tanto su amor al riesgo y a la aventura como la tradicional pobreza de su tierra falta de recursos (*Herodoto*, III,102).

EL PUEBLO

Si bien Grecia continental y sus islas han estado habitadas desde la más alta antigüedad, faltan hasta ahora indicios del paleolítico[3]; mientras tanto, sobre todo en Creta y en Tesalia (sin relaciones recíprocas), existen estaciones neolíticas (de aproximadamente entre los años 6000 a 3400 a. de C.) y subneolíticas (entre 3400 a 3000 a. de C.), en relación quizás las tesalias con

[3] Tal parece evidenciarse por los resultados de recientes excavaciones en Beocia.

la "facies" cultural contemporánea del valle del Danubio. Los propios griegos recordaban, por otro lado, aunque no fuera más que sus nombres en un fárrago de confusas tradiciones, a los antiquísimos habitantes neolíticos de su país: pelasgos, carios, léleges, etc., que fueron pueblos mediterráneos de origen microasiático, introducidos en Grecia en diversas oleadas entre los años 4500 a 3000 a. de C. y mezclados con las poblaciones indígenas [4].

Entre tanto se desarrolla en la isla de Creta una floreciente y brillante civilización, de la que los griegos conservarán numerosos recuerdos y leyendas, confirmadas por las excavaciones efectuadas en los principales centros de la isla (Cnosos, Festos, Hagía Triáda, Mallia, etc.) por las expediciones arqueológicas inglesa e italiana en los últimos setenta años. Es la denominada precisamente civilización "cretense" o también "minoica" (de Minos, título de la suprema dignidad real, más bien que nombre de persona). De esta civilización dio Evans el siguiente esquema cronológico (calculado sobre la civilización egipcia contemporánea y, por ello, susceptible hoy de ser rebajado con aquélla), el que, obviamente aproximado y relativo, es sin embargo, en su conjunto, todavía válido [5]:

MINOICO ANTIGUO (M. A.)
(período prepalacial)

I: 3000-2800 (Ma. 2800-2500)
II: 2800-2400 (Ma. 2500-2200)
III: 2400-2100 (Ma. L. 2200-2000): escritura jeroglífica

MINOICO MEDIO (M. M.)
(I-II: época protopalacial)

[1900-1800: llegada a Grecia de los luitas indoeuropeos del Asia Menor occ.]
I: *2100-1800 (Ma. 2000-1850)*
II: 1800-1750 (Ma. 1850-1700)
III: 1750-1580 (Ma. 1700-1550)
[1700-1600: llegada a Creta de los luitas; escritura lineal A]
[segundos palacios de Cnosos y Festos]

[4] A la opinión, ya superada, de grandes migraciones en masa va sustituyendo actualmente la de pequeños contingentes que, en posesión de un armamento superior y de una civilización más avanzada, logran conseguir su predominio o establecer una convivencia pacífica, incluso mediante lentas infiltraciones.

[5] Indicamos entre paréntesis las rectificaciones de Marinatos (=Ma.), que sitúa la completa introducción del metal en Creta hacia el año 2800 (mientras Evans lo colocaba antes del 3000), así como las de Doro Levi (=L.).

MINOICO RECIENTE (M. R.)

I: 1580-1450 (Ma. 1550-1400)
II: 1450-1400: destrucción de Cnosos; fin de la lineal A
[M. A. III - M.R. II: período del bronce]
III: 1400-1200 (Ma. 1400-1100): aparición del hierro
[1400-1300: llegada a Creta de los aqueos]
[1300-1200: nueva hegemonía de Cnosos; lineal B]
[1200-1100: destrucción de Cnosos por los dorios]
Para Grecia el cuadro puede ser completado en la siguiente forma (F. = A. Furumark):
[1600-1500: llegada de los griegos a la Argólida]

MICÉNICO

(según Furumark)

I: 1550-1500 (F. Ma. 1580-1500; L. 1400)
II: 1500-1425 (F. Ma.)
III: 1425-1100 (F. Ma.)
[1400-1300: expedición de los aqueos contra Creta]
[1300-1200: palacio de Néstor en Pilos y lineal B]
[1300-1200: destrucción de Troya VII-a por los aqueos de Micenas]
[1200-1100: destrucción de Micenas por los dorios]
[1200-1100: destrucción de Troya VII-b]
[1100-1000: migración jónica]
[1050 aproximadamente: estilo protogeométrico (Atenas)]
[900 aproximadamente: estilo geométrico puro (Atenas)]
[900 aproximadamente: escritura alfabética]
[760 aproximadamente: estilo geométrico maduro]
[725 aproximadamente: estilo geométrico tardío]
[700 aproximadamente: cerámica protoática]

Fue precisamente durante el M.M.I., en que comienza el período de mayor predominio cretense, cuando aparecen en Grecia continental (al igual que en la península itálica una rama afín) las primeras vanguardias de los griegos, es decir, de pueblos que hablaban el griego, que es una lengua indoeuropea ("indoeuropeo", entiéndase bien, no es un concepto étnico o cultural, sino tan sólo una abstracción lingüística). Procedían de sedes no precisas que actualmente se tiende, o más bien se torna, a situar en Asia Menor, y fueron aquellos que más tarde, adueñados de todo el país hasta el Peloponeso, encontramos presentes en Asia Menor (según documentos hititas de hacia el año 1350) y en Fenicia; un siglo después, en una expedición de los "Pueblos del mar" contra Egipto; y, finalmente, en Homero con el nombre de "aqueos". Estos pueblos, siguiendo la senda de la más avanzada

cultura cretense, crearon una nueva civilización y un gran poderío político de fuerte impulso expansivo, que modificó completamente el aspecto del país, y sabedores del secreto del pujante poder minoico, el dominio del mar, se apoderaron de él y le dieron el último y definitivo golpe hacia el año 1400 [6].

Esta nueva civilización recibe el nombre de "micénica" por su centro de mayor importancia política, Micenas (todavía en el recuerdo homérico como la "rica en oro" y así confirmada por las excavaciones de Schliemann). De este pueblo conocemos desde hace poquísimos años también su lengua, gracias al extraordinario descubrimiento de un estudioso inglés, Michael Ventris, mediante la interpretación de numerosas tablillas de arcilla encontradas en Micenas, Pilos, Cnosos, etc., escritas, entre los años 1400 y 1200 en un alfabeto silábico (el llamado "lineal B") que los aqueos tomaron prestado precisamente de los cretenses, adaptándolo para transcribir su propia lengua. Se trata de un "griego" con formas ya "homéricas", documentadas ahora, por tanto, cinco o seis siglos antes de Homero, y que se suele denominar también "micénico".

Mientras tanto, y como consecuencia siempre de más vastos movimientos étnicos en las zonas limítrofes, continúan agregándose en Grecia otros pueblos, afines por su origen y lengua a los aqueos. Alrededor del 1500 aparecen los jonios, cuya migración concluye hacia el año 1000, los que dejaron su nombre al mar y el nombre de su jefe Pelops a la última península, en tanto que poco después se establece en el valle del Peneo el mayor núcleo de eolios.

De todos estos movimientos, según afirma ya Tucídides (I, 2), iba quedando excluida, aunque de manera relativa, Ática, en razón también de la pobreza de su suelo, de donde parece justificarse, al menos en parte, la vanagloria que tan frecuentemente sostuvieron los áticos de sí mismos como "autóctonos". Pero asimismo en el resto de Grecia estas migraciones no debieron de modificar sensiblemente la estructura étnica (los jonios y eolios eran en realidad neoaqueos, que convivieron con los primeros en relaciones casi siempre pacíficas) ni tampoco el aspecto cultural

[6] Esto, y cuanto indicamos sobre la civilización micénica, representa la "communis opinio", casi aceptada de manera concorde y autorizada. Recientes intentos (1961) de retrasar la migración greco-aquea a los siglos XIII-XII no parecen convincentes y fundados, pues parten de la presunción de que no sería aceptable la ecuación común micénico = griego, porque de las 630 "palabras" de la "lineal B" (hasta el año 1956) solamente 252 han sido identificadas como griegas (homéricas y clásicas), y, por ello, no sería griega la lengua de la "lineal B". Pero las interpretadas hasta ahora, según consenso unánime de los glotólogos, salvo poquísimas excepciones, constituyen un dialecto "griego", aunque sea diversamente configurado y clasificado.

que, en líneas generales, permanece el determinado por la civilización aquea, que había dado a la Hélade una notable uniformidad. Un cuadro retrospectivo suficientemente preciso del poderío aqueo alrededor del siglo XII, cuya última gran empresa fue su expedición contra Troya y que, por lo mismo, permaneció memorable en la tradición y la poesía de los griegos, nos lo ofrece precisamente, en el libro II de la *Ilíada*, el cantor inmortal de aquella gesta y primer poeta de Occidente, Homero.

Esta espléndida civilización que había cubierto a Grecia de florecientes centros habitados, que había edificado sólidas y fastuosas fortalezas reales en Argos, Tirinto, Micenas y Pilos, que había elevado soberbias tumbas de cúpula a sus príncipes, ornados hasta en su última morada con fabulosas riquezas de oro, toda ella queda destruida bajo la invasión de la última llegada de las estirpes griegas, los llamados dorios (¿de origen ilírico?), quienes, afines asimismo de los aqueos, jonios y eolios, habían iniciado quizá pequeñas infiltraciones en Grecia septentrional al mismo tiempo que los primeros aqueos. Pero su gran invasión sobreviene más tarde, en el siglo XII y, sea por natural decadencia del poder militar micénico, sea por estar mejor organizados y armados (del hierro), o, en fin, por encontrarse con mayor riqueza de energías naturales en razón de su prolongado aislamiento en sus sedes primitivas, barrieron fácilmente el ya declinante poderío aqueo. Penetrando hasta el Peloponeso, destruyeron a sangre y fuego Pilos (hacia el año 1200), Micenas y Tirinto (hacia el 1100), e introducidos en Laconia fundan su famosa Esparta, que permanecerá como centro de su pueblo durante toda la época histórica.

Dos siglos de hondas conmociones cambian profundamente las condiciones de Grecia. Los asentamientos étnicos y su consiguiente "facies" lingüística no llegan a descomponerse del todo, asumiendo el aspecto que permanecerá ya estable por cerca de quince siglos. Los fastuosos palacios micénicos con su artística opulencia ceden el lugar a modestas y simples viviendas; las artes decorativas y ornamentales se esterilizan en la pobreza del estilo "protogeométrico" (1050 aproximadamente). Grecia se encierra en sí misma sin casi más relaciones con el restante mundo mediterráneo. Se abate sobre el mundo griego lo que se ha dado en llamar el "medievo helénico" de los llamados "siglos oscuros" (alrededor del 1100 al 800 a. de C.), por analogía, en verdad más aparente que real, con el final del mundo antiguo, razón por la que se ha de considerar con muchas reservas la validez del parangón.

Pero asimismo este período acabó por tener efectos beneficiosos. Acosados por los nuevos invasores, los antiguos habitantes tomaron los caminos del mar en un impulso colonizador que hele-

nizó completamente el Mediterráneo, ejerciendo un influjo incalculable en la elaboración de la nueva civilización, sobre todo en Asia Menor, Magna Grecia y Sicilia. En Grecia propiamente dicha, del trabajo de las estirpes, de la fusión de culturas y de la áspera vida de tales siglos, se fueron conformando las energías que crearon la civilización específicamente griega.

LA HISTORIA

De este medievo —que fue sin embargo la época en que los griegos reaprendieron la escritura de los fenicios (alfabética; hacia el año 900 y quizás incluso antes) y tuvieron a Homero y Hesíodo— emerge Grecia a la historia. Con el año 776 comienzan las listas de vencedores de las Olimpíadas, que se refieren indudablemente a tradiciones escritas (esta cronología fue introducida en la historiografía por Timeo de Taormina, que vivió entre los años 356-260 a. de C.) y con el año 754 las listas de los éforos espartanos, es decir, los primeros datos seguros de la historia griega. Se pueden delinear en ella los siguientes períodos:

I. *Período arcaico (800-500 a. de C.)*:

Es un período de asentamiento y de formación, caracterizado, en el exterior, por las grandes colonizaciones del Mediterráneo y, en el interior, por la declinación de las monarquías feudales hacia regímenes aristocráticos, de los cuales su mayor representante es el de Esparta, que en este período organiza su característica constitución con Licurgo (¿siglo VIII?) y su poderío militar. Asimismo se va formando entre tanto la polis ateniense, de la cual, si es legendario el año de la institución del arcontado decenal (752), es segura la fecha (683) de la transformación de dicha magistratura en anual. Los siglos VII-VI se caracterizan por la aparición y difusión de la "tiranía" en todo el mundo griego: Ortágoras en Sición (hacia el 670) y sus descendientes hasta Clístenes (entre 600 y 565); Cípselo y Periandro en Corinto (655-625;625-585); Melancro y Mírsilo en Mitilene (Lesbos) entre los años 620 y 595; Polícrates en Samos (entre 540 y 522); Pisístrato en Atenas (desde el 561 al 527 con interrupciones) y luego su hijo Hipias (527-510; en el año 514 Harmodio y Aristogitón matan a Hiparco, hermano de Hipias); Gelón y su hermano Hierón en Siracusa (hacia los años 491-478;478-467), etc. Estos "tiranos" (el sentido peyorativo del término se concreta en la Atenas democrática del siglo V junto con la exaltación del tiranicidio; en su origen indica solamente una monarquía no hereditaria y considerada, por ello, ilegal) se apoyaron de ordinario en las clases más humildes contra las

aristocracias retrógradas de las que ellos mismos surgieron, preparando así la llegada de la democracia; fueron a menudo avezados hombres de gobierno y protectores de las artes y las letras, y dieron incremento a las relaciones políticas y comerciales tanto entre las ciudades griegas como con el exterior. Por esto alguno de ellos, como Periandro de Corinto, fue incluido en el número de los Siete Sabios, que son la personificación del individualismo de carácter político-moral que emergía de la sabiduría popular y tradicional. Ésta es, en fin, la época de los primeros legisladores, quienes en Grecia, diversamente a lo que sucedió en Oriente, son simples ciudadanos mortales (Zaleuco en Locris, alrededor del año 650; Carondas en Catania, hacia el 640; Dracón en Atenas en el 624 y Solón en el 594); la ley pierde su antiguo carácter religioso y sagrado y cobra inspiración en las nuevas constituciones democráticas.

II. *Época de las polis (500-360 a. de C.)*

1 Las guerras persas (500-479)
2 La pentecontecia (478-431)
3 La guerra del Peloponeso (431-404)
4 El final de las polis (404-360)

1) El hecho dominante de la época es el enfrentamiento entre Persia y la Hélade, y la consiguiente hegemonía de Atenas. A través de estos acontecimientos se introduce Grecia como factor decisivo en la historia universal, tanto en las vicisitudes políticas como en la evolución espiritual de la humanidad. Durante un siglo y medio no pisa el suelo griego ningún pie bárbaro, mientras la filosofía y la historiografía, la lírica y la dramática, la arquitectura y la escultura se elevan a alturas quizá nunca alcanzadas, creando un patrimonio de civilización que permanecerá como imagen de un gran ideal humano y como herencia perenne para la posteridad.

Las etapas principales de esta verdadera epopeya, plenamente gloriosa hasta en sus fracasos, son las siguientes:

a) Rebelión de Grecia de Asia Menor contra la dominación persa (500-499);

b) Destrucción de Mileto en rebeldía por parte de los persas (494);

c) Primera expedición persa (492): su flota es semidestruida por una tempestad frente al promontorio de Atos;

d) Segunda expedición (primera guerra) persa: victoria de los griegos en Maratón (a 35 Km de Atenas: el 13 de setiembre del 490);

e) Tercera expedición (segunda guerra) persa (480-479): sacrificio de los espartanos de Leónidas en las Termópilas; triunfo parcial de la flota griega en Artemisio; abandono de la población en masa de Atenas, que es tomada y destruida por los persas; victoria naval griega en aguas de la isla de Salamina (frente a Atenas) el 29 de setiembre del 480 (en el mismo mes, si bien no en el mismo día como pretende un significativo sincronismo, los griegos de Occidente derrotan a los cartagineses en la batalla naval de Himera); retirada de los persas; y victoria de los griegos en Platea (junto a Tebas en Beocia, el 27 de agosto del 479). Los griegos pasan luego a la ofensiva con la victoria naval junto al cabo Micala (costa de Asia frente a Samos) y los atenienses ocupan Sesto asegurándose así el dominio del Helesponto contra toda amenaza persa (primavera del 478). Con la liga delio-ática, protegida de Apolo Delio, se crea el imperio naval ateniense.

2) Los cincuenta años, aproximadamente, de este período señalan el apogeo del poder político y del impulso creador de Atenas, que es reconstruida, fortificada y embellecida con espléndidos edificios (Largos Muros y organización de los puertos; Propíleos, Partenón, Templo de Atenea Nike sobre la Acrópolis; templos de Teseo y de Hefesto en la ciudad baja), mientras se dilata y refuerza su imperio marítimo. En el año 454 se transfiere el tesoro de la liga a la ciudad, al Partenón. El partido democrático procede a valientes reformas, con Efialtes y Pericles (nacido éste hacia el 495, entra en la vida política a los treinta y cinco años aproximadamente y, después de haberse desembarazado de su mayor adversario, el aristocrático Tucídides de Melesia, desterrado en el año 443, se constituye en el personaje más poderoso e influyente de Atenas; muere de peste durante la epidemia del año 429). Pero entre tanto madura y se agrava la antigua rivalidad con Esparta, que tras las guerras persas, vuelta a su política de aislamiento, no había sabido aprovecharse de la victoria y veía con preocupación el acrecentamiento del poderío ateniense; al mismo tiempo la política centralizadora de Atenas comienza a provocar desilusiones, defecciones y revueltas de sus propios confederados. La liga del Peloponeso, bajo la dirección de Esparta, ciudadela del régimen aristocrático, se enfrenta a la confederación delio-ática, pero tras algunos hechos de guerra se estipula una solemne paz por treinta años entre los dos bloques (446).

3) Pero no podía tardar el choque decisivo entre las dos potencias rivales, como preveían los hombres responsables de ambas partes. No se trataba tanto de la lucha por la hegemonía como de la irreductible oposición entre dos concepciones políticas, entre dos modos de vida. Y no faltaron las ocasiones. El hecho, al respecto, de que éstas aparecieran desproporcionadas, ya para los antiguos, en relación con los acontecimientos que siguie-

ron basta para demostrar que se trataba de meros pretextos. Pero esta vez no era una guerra de helenos contra bárbaros, era la guerra de griegos contra griegos, doblemente fratricida por contenderse no sólo entre dos ciudades griegas sino a menudo dentro de una propia ciudad entre las dos facciones partidarias de cada uno de los dos beligerantes.

Durante veintisiete años, entre alternativas diversas y defecciones, matanzas y pestes, las dos potencias se enfrentaron con éxito incierto. Pero la desgraciada expedición ateniense a Sicilia (415-413) fue ya el preludio de la derrota. Esparta, transformada también en potencia naval, consigue vencer a la flota ateniense en Egospótamos del Helesponto (405) y el otoño del mismo año bloquea el Pireo. Tras ello, llega el final: en abril del año siguiente Atenas se rinde por hambre. Los Largos Muros son destruidos, así como las "bellas trirremes", orgullo de Atenas; una guarnición espartana ocupa la Acrópolis y protege al gobierno oligárquico de los Treinta Tiranos, régimen de terror, de confiscaciones, de asesinatos y venganzas. Atenas, a pesar de una Segunda Liga naval (379), no se recuperará nunca más. Se cumplía una fácil profecía, la de Melesipo, embajador espartano en Atenas (Tucídides,II,12,3): "Este día será el principio de grandes desventuras para los helenos".

4) *Es asimismo el final de Grecia, de las polis libres.* Esparta, que se había proclamado liberadora de los aliados contra la opresión ateniense, establece su breve hegemonía (404-371) sobre una política aún más dura que aquélla, la que suscita, a su vez, rencores y rebeliones. En julio del año 371 los tebanos vencen a los espartanos en Leuctra. Pero la hegemonía tebana es más breve aún que la espartana: en el año 359 aparece sobre la frontera de Grecia Filipo II, rey de los macedonios.

III. *El helenismo*[7] *(360-30 a. de C.)*

1 Filipo II (359-336)
2 Alejandro Magno (336-323)
3 Los Diádocos (323-200)
4 El fin de los Estados Helenísticos (200-30)

[7] Ἑλληνίζω quiere decir "hablar griego (correctamente)", ya en Tucídides, II,68 (cfr. Platón, *Men.* 82 B "Ελλην μέν ἐστι καὶ ἑλληνίζει); luego pasa a significar "hacer griego, helenizar, difundir la cultura griega" (Libanio, *Or.* 11,103), de donde procede el sustantivo ἑλληνισμός "helenismo, imitación de los griegos" (ya en los *Setenta*). El término fue introducido en la historiografía moderna, para indicar la historia de los pueblos de lengua y cultura griegas en la época de Alejandro y de la dominación romana, por Droysen en su obra clásica *Historia del helenismo* (Hamburgo,1843; nueva edición de Bayer, 1952-1954).

1) La función histórica de las polis, que se consumen en una estéril lucha recíproca, ha terminado ya. El nuevo poderío militar macedónico, forjado por Filipo II y fresco en energías nuevas, se aprovecha fácilmente del cansancio y casi general indiferencia de los griegos. A las acciones militares se agrega una hábil diplomacia, que explota la eterna rivalidad entre los griegos y sus corrupciones. Una tras otra ceden y capitulan las ciudades griegas. Sólo Atenas, en nombre de su antigua y gloriosa tradición de libertad, intenta oponerse. El animador de la resistencia es Demóstenes, que debe al mismo tiempo sostener, en la propia Atenas, una lucha encarnizada contra el poderoso partido filomacedónico. Pero en Queronea (1º de setiembre del año 338) Filipo derrota a los griegos aliados, disuelve las Ligas ateniense y beocia, impone paces separadas a los griegos y les da un régimen federal bajo la supremacía de Macedonia. Al año siguiente se estipula la paz general en Corinto entre los delegados de las ciudades griegas (excepto Esparta), cuya asamblea confiere al rey macedonio el mando de la guerra contra Persia. Pero Filipo es asesinado en el 336, a los cuarenta y seis años de edad, en una conjuración de nobles macedonios, y le sucede su hijo Alejandro (III), de veinte años.

2) Dominadas las veleidades de revuelta suscitadas en Macedonia y en Grecia ante la imprevista muerte de Filipo, y aseguradas las fronteras, prepara Alejandro las fuerzas para la fabulosa marcha que en pocos años (334-326) lo conducirá victorioso desde la Libia a las fronteras de la India (hoy Punjab). Nuevo Heracles y Dioniso al mismo tiempo, el héroe logró la definitiva venganza de Grecia sobre el bárbaro; en la asamblea de los delegados griegos en Olimpia (324) solicita para sí honores divinos. En su visión de imperio universal, el discípulo de Aristóteles se dispone a pacificar vencedores y vencidos. Él mismo se casa con Estatira, hija de Darío, mientras diez mil oficiales y soldados del ejército macedonio toman como esposa, el mismo día, a una mujer persa. Pero el 13 de junio del año 323, a los treinta y tres años, una fiebre corta su vida en Babilonia, en la flor de su edad, como el Aquiles sobre cuya tumba había llorado envidiándole la suerte de haber tenido un Homero como cantor de sus gestas.

3) Tras ser repartida por las armas, en duras y largas luchas, la herencia de Alejandro, los Diádocos fundan las diversas monarquías que consolidan la difusión del helenismo en el mundo mediterráneo, por medio incluso de una inteligente protección a los artistas, poetas y científicos, así como la fundación de originales instituciones (los Ptolomeos en Alejandría, los Atálidas en Pérgamo, etcétera).

4) Al final de este período y concretamente durante la segunda guerra macedónica (200-197) ponen sus pies los romanos en

Grecia. Desde este momento el destino de los diversos Estados helenísticos queda signado por la arrolladora conquista romana. En el año 197, T. Quintio Flaminino vence a Filipo de Macedonia en Cinocéfalos y, al año siguiente, proclama la libertad de Grecia en los juegos ístmicos de Corinto. Pero en razón por un lado de las ya inútiles deslealtades de los griegos, y la fatal lógica de la conquista por otro, los romanos modifican muy pronto la situación. *En el año* 191 *los etolios y su aliado Antíoco* III *son derrotados* en las Termópilas y en el 190 en Magnesia; Fulvio Nobilior conquista Ambracia el año 189; en el 168 es derrotado en Pidna el rey de Macedonia, Perseo, por L. Emilio Paulo; L. Mummio arrasa Corinto en el año 146, anula las leyes de las ciudades griegas y reduce Macedonia a provincia romana. A través de diversas guerras avanza la liquidación de los estados helenísticos, concluida en el año 30 con el fin de la monarquía egipcia (el 2 de setiembre del año 31 Octaviano vence a Antonio y Cleopatra en la batalla naval de Accio, en el Epiro; el 1º de agosto del 30 cae Alejandría y Cleopatra se da muerte).

IV. *Grecia en el mundo romano (30 a. de C. - época de Justiniano: 527-565 d. de C.)*

En adelante Grecia no es más que una parte del imperio romano, constituida en provincia senatoria, el año 27 a. de C., con el nombre de Acaya. Así comparte la suerte del imperio hasta la restauración operada por Justiniano, quien en el año 529 cierra la Universidad de Atenas, último baluarte de la cultura pagana. Ésta es, precisamente, la fecha que suele tomarse como término de la historia y de la civilización griega clásica.

RELIGIÓN Y MITOLOGÍA

1) Toda la vida del hombre griego está profundamente compenetrada de religiosidad, que no sólo le suministra el consuelo para la breve existencia terrena y, en cuanto podía, la esperanza también en una vida ultraterrena, sino que inspira por sí misma todas las manifestaciones de su espíritu. Sin embargo, los griegos no poseyeron ni un cuerpo de doctrina religiosa, ni una casta sacerdotal, ni una teocracia. Herodoto (I,53) pudo así decir que la religión griega había sido teologizada por Hesíodo y Homero, es decir, por la fantasía poética, que había fijado nombres, formas y atributos de las antiguas tradiciones.

No sabemos nada de la religiosidad de Grecia continental durante el período heládico, es decir, antes de la llegada de los aqueos. Pero los descubrimientos arqueológicos y las investiga-

ciones histórico-lingüísticas permiten hacerse una idea bastante precisa de la religión cretense y minoica, cuyo culto más antiguo se halla localizado en cavernas con los símbolos característicos de la doble hacha de sacrificio, los llamados "cuernos de consagración" y la pilastra, que pasan después a las "capillas" de los palacios reales y las casas más ricas. En su politeísmo, atestiguado por numerosas figuras divinas (entre ellas monstruos, démones y animales fabulosos), parece haber tenido preponderancia el elemento femenino, en primer lugar una Gran Diosa del mundo inferior y superior, Señora del reino animal y vegetal y símbolo de la fuerza creadora de la naturaleza que presenta notables afinidades con la Magna Mater anatólica, sin que, por ello, pueda hablarse de una ginecocracia divina relacionada con una sociedad matriarcal. Los muertos eran inhumados, y divinizados quizás los hombres poderosos.

Cuando los aqueos, de lengua griega, llegan a la península, traen consigo un panteón en el que predominan, por el contrario, las figuras masculinas, especialmente Zeus, Señor y Soberano de la familia divina olímpica, como Agamenón es señor y jefe de los vasallos reunidos en la expedición troyana. El culto de los muertos (todavía inhumados), ligado a la constitución patriarcal de la familia y a la organización feudal del estado, adquiere una importancia y fastuosidad desconocidas en Creta, como lo testimonian las imponentes tumbas de cúpula y los recintos sepulcrales de Micenas con sus fabulosas riquezas de oro. Hacia el final de la época micénica aparece la cremación, que es la única conocida en Homero.

Pero en contacto con la religión de los cretenses, por quienes fueron iniciados en la civilización los aqueos invasores, sufrió también el panteón aqueo profundas transformaciones, sobre todo con el culto de la Gran Diosa cretense, cuyos atributos se dividen y reparten entre numerosas figuras divinas (Hera, Atenea, Artemis, Afrodita) y míticas (Helena, Ariadna, etc.). Asimismo en esta época se va formando el culto y la leyenda de los héroes, que tanta importancia tuvieron en la poesía griega, con un proceso de heroización de los muertos que habían sido poderosos en vida, quienes después llegaron a menudo a ser absorbidos en el culto de las divinidades olímpicas (Zeus Agamenón, Artemis Ifigenia, Posidón Erecteo, etcétera).

La religión de Grecia en la época histórica deriva de la fusión llevada a cabo entre la religiosidad minoica y la micénica, fusión que no siempre fue pacífica y sin contrastes como evidencian numerosas leyendas (Urano-Cronos-Zeus; lucha de Zeus contra los Gigantes y Centímanos, de Apolo contra Pitón; Erinias-Euménides, etc.). Presenta así dos aspectos distintos pero no contrapuestos, sino más bien complementarios.

Existe en primer lugar, y el más visible, la religión oficial, la religión de la polis, o mejor dicho, de las diversas polis, que es el culto de las grandes divinidades olímpicas comunes a todo el mundo griego, pero cada una protectora particular de una ciudad (Atenea en Atenas, Hera en Argos, Artemis en Éfeso). Son las divinidades en cuyo honor se realizan sacrificios públicos y grandes festividades locales, que alcanzan alguna importancia panhelénica, como Zeus en Olimpia y Nemea, Apolo en Delfos, Posidón en el istmo de Corinto, con certámenes gimnásticos, musicales, corales, etcétera.

Tras ella se encuentra la religión de los "misterios" (cultos secretos), que podría decirse personal, pues cada uno puede elegir su dios preferido: Dioniso, Deméter y Coré (Eleusis), los Cabiros (Samotracia), Sabazio frigio, y luego los cultos sincréticos de Atis y la Gran Madre, Isis y Osiris, y Mitra.

Son éstas, especialmente las más antiguas, es decir, Deméter y Coré, y Dioniso, divinidades agrarias y ctónicas al mismo tiempo, como aspectos de la naturaleza que se renueva en el ciclo perpetuo de la vida y la muerte, veneradas especialmente por el bajo pueblo. Poseen un sacerdocio, en general de tradición familiar, y una iniciación ritual y secreta, a través de una doctrina mística (ἱερὸς λόγος, δρώμενα) que celebra las vicisitudes del dios que muere y resurge. Identificándose místicamente con él el iniciado adquiere asimismo la certeza de otra vida después de la muerte terrenal. El culto se celebra de ordinario con ceremonias de carácter orgiástico.

Este politeísmo, tan variado y complejo, lleva consigo naturalmente la formación de una mitología, en la que confluyen tradiciones y leyendas populares, la religión olímpica y la religiosidad de los misterios, supersticiones y especulaciones primitivas sobre los fenómenos naturales, abstracciones y fantasías poéticas, es decir, todo lo que en una mentalidad prelógica y poderosamente imaginativa ha atraído el interés del hombre, dando origen a un "relato" (μῦθος) que, por un procedimiento típicamente griego, se concreta en torno a una figura. Es materia esta en continua elaboración, que formó en Grecia un patrimonio inmenso de leyendas, símbolos y personajes, y que tuvo un influjo enorme en la poesía y sobre la especulación de los griegos al suministrar temas y materia para una y otra.

Por último, completando el cuadro de la religiosidad griega en la época clásica, se encuentra también la religión de los poetas y de los filósofos, que es la historia de un continuo y espléndido ascenso del alma a la conquista de las verdades supremas, con solo sus propias fuerzas. Desde la religión popular, mediante un proceso de purificación y sublimación, se dirige al descubrimiento de lo Absoluto, del Dios Uno, Omnipotente e Inefable.

2) El agotamiento de las actividades artísticas y filosóficas es paralelo en Grecia con el vacío virtual de las figuras divinas tradicionales, que acabaron por convertirse en meros símbolos, en objetos de un culto formal. Por ello, tras varias experiencias, la profunda religiosidad del espíritu griego encontró su satisfacción en la nueva fe cristiana. Si la palabra de Cristo se difundió y transmitió en la lengua de Homero y Platón, no fue sólo porque en aquel momento había sido helenizado el mundo Mediterráneo oriental, sino porque en realidad, a pesar de algunos contrastes iniciales inevitables, la civilización griega había establecido la *mejor premisa posible al cristianismo*. La mentalidad griega, heredera de una magnífica tradición filosófica, suministrará los medios, temas y lenguaje para la formación y definición de sus dogmas, para su teología y su mística.

LAS ARTES

LAS ARTES FIGURATIVAS

En la vida del hombre griego tuvo una singular importancia su tendencia natural a la expresión artística, otro aspecto éste de la compleja y equilibrada armonía de facultades espirituales, que constituye quizá la ejemplaridad de la civilización griega. Si en este campo disponía ya Grecia de las experiencias y conquistas del arte egipcio, asiriobabilónico, persa, etc., que constituyeron sin duda provechosas lecciones para el aprendizaje de la técnica de cada una de las artes, fue precisamente en él donde el poder creador de los griegos mostró su mayor originalidad, expresando valores formales que perdurarán como modelos para siempre.

También, al respecto, tuvieron los aqueos como maestra a la civilización cretense, intermediaria de las experiencias artísticas de las culturas mediterráneas y creadora ella misma de un arte típico, documentado en su arquitectura, pintura, cerámica y orfebrería. Especialmente en la pintura y cerámica evidencia una sensibilidad muy viva tanto en el tratamiento de la figura humana como en la descripción de formas de la vida animal, representadas con un realismo que parece enlazarse con el prodigioso vitalismo realista de los habitantes de las cuevas paleolíticas y que, a su vez, anticipa en milenios otras experiencias similares.

Luego se hace un silencio casi completo en el duro tiempo de las invasiones. Pero el arte micénico, empapado de tradición cretense, crea ya formas arquitectónicas originales. Al final de este período va madurando el largo esfuerzo que deberá conquistar, lenta pero victoriosamente, a partir de la rudimentaria simplicidad del estilo geométrico, poco más o menos contemporáneo

de la poesía homérica, la extensa variedad y triunfante perfección de formas de la época clásica.

Y llega entonces el prodigio. En poco más de dos siglos la escultura, con Mirón, Fidias y Policleto, se eleva a alturas que no serán quizá nunca alcanzadas y que perdurarán, en todo caso, como paradigmáticas. Después de los siglos VI y V, con el templo dórico (templo de Posidón en Pesto, templo de la Concordia en Agrigento, Partenón sobre la Acrópolis) crean los griegos la más perfecta forma arquitectónica que haya visto jamás la humanidad. Y si la gran pintura (megalografía) de la época clásica se perdió para nosotros, podemos apreciarla en cierta manera en algunas obras que se relacionan sin duda alguna con su tradición, como los admirables frescos de la "Villa de los Misterios" de Pompeya. Asimismo las llamadas artes menores, que en Grecia no fueron nunca industrializadas sino obra de artesanía de gran tradición, llegaron a una acabada expresión artística, como la cerámica, con sus formas de perfecta elegancia y decoración debida a pintores de alto valor artístico, las monedas siciliotas de los siglos V y IV, insuperables por la máxima pureza de su diseño, y la simple y armoniosa elegancia de vestidos femeninos y masculinos. Todas las formas, en suma, de expresión artística, de las que se muestra tan rica la vida griega y que constituyen un patrimonio de grandísimo valor.

LAS ARTES DEL RITMO: MÚSICA, CANTO Y DANZA

Divina entre las artes y predilecta entre las Musas, aparece la música en las más antiguas tradiciones y manifestaciones de la vida griega. En las legendarias figuras de músicos-poetas (Orfeo, Museo, Olimpo, Tamiris, Eumolpo, Lino, etc.) se personifica no solamente la "invención" de la música, sino un hecho decisivo de civilización. Música y canto alegran los ocios de los héroes (ya Aquiles homérico celebra los κλέα ἀνδρῶν acompañándose con la cítara: *Ilíada*, IX-186-189), así como confortan la cotidiana fatiga de los hombres humildes con sus numerosos cantos populares y de trabajo, y son objeto de certámenes y premios en los grandes agones panhelénicos.

En época histórica, musicólogos y filósofos (pitagóricos, maestros de armonía, Platón) conformaron su sistematización técnica y teorizaron las características de los diversos instrumentos, de los modos y de los efectos psicagógicos, psicológicos y terapéuticos.

La música, en fin, se halla ligada intrínsecamente con toda la poesía clásica. Aedos y rapsodas componen y recitan los cantos épicos con acompañamiento de cítara; la poesía lírica, individual y coral, es obra de poetas y músicos al mismo tiempo, así como el lirismo de la tragedia y de la comedia. Toda la gran

poesía griega nace, en una palabra, bajo el signo de la música, que sin embargo fue considerada, aun en tiempos mejores, como esclava fiel de la palabra, de la poesía soberana. Asimismo en algunas formas poéticas, especialmente en el ditirambo, el hiporquema y el drama, la música y el canto se complementan con la danza, cuyo origen se relaciona con muchas ceremonias rituales.

LA LENGUA

Pero de todas las creaciones del espíritu griego, la más admirable es sin duda la lengua. La inmensa riqueza de su patrimonio lexical, las casi infinitas posibilidades de composición, la precisión semántica de numerosos sinónimos, la simplicidad de la flexión nominal y la riqueza de la verbal, el mudable juego de las partículas y de las preposiciones, la pureza de la estructura lógica y sintáctica, y los valores fónicos y musicales, en fin, hacen de ella el más perfecto instrumento que el hombre haya creado jamás para expresar su pensamiento. Ahora bien, como la lengua nació por la necesidad de expresar el pensamiento, también ella misma, a su vez, contribuyó a crear las formas de aquel pensamiento con características peculiares. Piénsese en el griego de la poesía, con todas sus variedades, en el griego de la filosofía y de la historia, de la oratoria y de la retórica, de la novela corta y larga, de la gramática y la filología, de la medicina y la matemática, de la astronomía y la física, de la zoología y la botánica, de la geografía y la etnografía, de la teología y de la mística. Son estos aspectos del pensamiento, con muchos otros además de ellos, que Grecia reveló a la humanidad en formas que quedaron como fundamentales, por lo que la fuerza expresiva de la lengua griega perduró activa y vital en todas las lenguas de cultura con términos técnicos del vocabulario científico en todas las lenguas modernas.

PERÍODOS Y DIALECTOS

Los treinta y cinco siglos de historia que poseemos documentados del griego, caso único entre las lenguas occidentales, pueden distribuirse en la forma siguiente:

a) Período prehistórico y arcaico: desde el siglo XV aproximadamente hasta el siglo X;
b) Período clásico: desde el siglo IX aproximadamente a. de C. hasta el siglo V d. de C.;
c) Período bizantino y medieval: desde el siglo V al siglo XV;
d) Período neogriego: desde el siglo XV hasta la época contemporánea.

Dentro del segundo período, que particularmente debemos aquí considerar, se pueden, a su vez, determinar dos fases principales:

a) Período clásico en sentido propio;
b) Período helenístico e imperial.

Respecto al período clásico en sentido propio, hasta el siglo IV a. de C., es algo abstracto hablar de "griego, lengua griega", pues en realidad existen formas diversas que, aun cuando constituyen una lengua única desde el punto de vista estructural, se distinguen sobre todo por el aspecto fonético en numerosos "dialectos" o hablas locales, geográficamente individualizados. Esta situación lingüística refleja fielmente las muchas y profundas mezclas ocurridas entre las diversas estirpes griegas en el período de las invasiones, así como las propias vicisitudes de la historia griega. Ésta, hasta el surgimiento de la dominación macedónica, fue una historia de ciudades, de ligas y confederaciones, en lucha siempre entre sí con un incierto y alterno equilibrio, lo que favoreció las tendencias naturales individualistas de cada una de las polis, impidiendo con ello la nivelación lingüística. Sólo cuando se llega a formar una hegemonía político-cultural (Atenas) o imperialista (Macedonia), se encamina Grecia al uso de una lengua común, requerida también por las necesidades prácticas de la administración y relaciones políticas.

Diversamente, por ello, de la historia del latín, que es la historia de una lengua única y centralizadora de un pequeño pueblo victorioso que se impone a los demás pueblos conquistados, la historia del griego, hasta el siglo IV, es la historia de los diversos dialectos griegos. Éstos, en época histórica, es decir, después del período de las migraciones, aparecen morfológicamente distintos y geográficamente localizados, al menos en sus formas principales, según la siguiente clasificación tradicional:

I — dialectos occidentales o dóricos	1. dórico septentrional (délfico, focense, aqueo con sus colonias: Metaponto, Síbaris, Crotona, etcétera; Eleo). 2. dórico peloponésico o propio (lacónico, tarentino, mesenio, corintio, siracusano y de fundaciones siracusanas en Sicilia, megárico con Selinonte, Megara, Hiblea, etcétera; cretense, Melos, Tera, Cirene; Rodas y colonias: Agrigento y Gela).
II — dialectos centrales o eólicos	1. eólico propio, tesálico, lésbico, eólico de Asia. 2. arcado-chipriota (o eólico meridional). 3. beocio.

III — panfilio (mezcla de dialectos occidentales y centrales).

IV — dialectos orientales o jonio-áticos
1. jónico (de Asia Menor; de las Cícladas; de Eubea y colonias: Cumas de Campania).
2. ático.

En este cuadro, que parecía indiscutible, el descubrimiento del "micénico" (dentro del cual no se encuentran apreciables diferencias dialectales entre Cnosos, Micenas y Pilos) ha llegado a hacer objeto de discusión casi todo ello. Excepto en lo referente a los dialectos dóricos, no se logra configurar exactamente la "facies" lingüística —a causa también de la escasez de documentos— y resulta aún más difícil, consiguientemente, establecer las relaciones entre el micénico y los demás dialectos de los grupos II y IV. La cuestión se halla todavía en amplio y movido debate entre los glotólogos, y los elementos hasta ahora conocidos no permiten llegar a una conclusión, que, por lo demás, otros descubrimientos podrían obligar a modificar. Nos atenemos aquí, por tanto, a las teorías actuales que reciben el consenso de la mayor parte de los especialistas. Un punto que puede considerarse objetivamente seguro y reconocido de manera unánime es la evidente proximidad del micénico con el arcado-chipriota. Pero aquí termina el acuerdo. Algunos insisten en las relaciones del micénico con el eólico, otros con el protojónico, que es la tesis más predominante y más autorizada. Por consiguiente y como conclusión (pero con todas las reservas indicadas) se puede decir que el micénico representa una fase antigua del arcado-chipriota (o aqueo), de la que se habría diferenciado una rama jónica (y luego ática). Por otra parte, en razón de que son innegables las relaciones con el eólico, aunque menores, el micénico sería el precedente del arcado-chipriota y del protojónico, o bien afín al común progenitor del protojónico y del arcado-chipriota y en relaciones con el eólico atestiguado en el Peloponeso predórico. En resumen, sería un dialecto fundamentalmente proto-arcado-chipriota, pero asimismo un dialecto mixto con componentes protojónicos y eólicos (variadamente importantes según las diversas valoraciones de los hechos lingüísticos).

Los dialectos, por así decir, tradicionales, se hallan documentados del modo más fiel por un amplísimo número de inscripciones, muchas de ellas datadas, que manifiestan, además, una notable mezcla de formas, debida a las relaciones políticas y culturales, la que se acentúa más aún en los dialectos literarios.

La hegemonía político-cultural de Atenas en el siglo v asegura la supremacía del dialecto ático, el que, a su vez, constituye la base principal de una "lengua común" (κοινή, sobreentendido

διάλεκτος), que llegará a ser la lengua oficial del imperio macedónico y de los reinos helenísticos. Éste fue producto obligado tanto de la centralización política y exigencias de la administración, como de las relaciones entre sí de los griegos de diversas estirpes y de los griegos con los bárbaros. La κοινή conduce lentamente a la nivelación lingüística con la eliminación de hablas locales y perdurará como base asimismo de la lengua bizantina (expresión de una civilización centralizada política y administrativamente), que sobrevivió firmemente incluso bajo la dominación turca (1453-1830), así como de la lengua de Grecia resurgida como nación, en la que la lengua (literaria y oficial) de la tradición (καθαρεύουσα, "pura") y la lengua hablaba (δημοτική, "popular") se van fundiendo cada vez más con recíprocas influencias.

LAS LENGUAS LITERARIAS

Algunos de los dialectos arriba catalogados tuvieron especial importancia, como efecto de hegemonías políticas y de tradiciones culturales, en la expresión literaria. Ahora bien, de ordinario cuando un dialecto se eleva a lengua literaria se acrisola, atenuando las características puramente idiomáticas, al propio tiempo que se acentúa el fenómeno de la mezcla de formas, por lo que cada lengua literaria resulta una lengua compuesta y artificial, que no coincide con ninguna lengua realmente hablada. Ha de tenerse, además, presente que todas las lenguas literarias, en mayor o menor grado, fueron influidas por la lengua de Homero como consecuencia de la enorme importancia que este poeta tuvo siempre en la vida, la cultura y la tradición escolar de los griegos.

Otro fenómeno típico lo constituye el hecho de que cada una de estas lenguas se halla ligada indisolublemente con una forma literaria, la que se llega a constituir como firmísima tradición, independiente incluso del dialecto nativo del escritor o del poeta. El dialecto épico será empleado constantemente por los poetas épicos, desde el beocio Hesíodo y los poetas del *Ciclo* de diverso origen, los poetas-físicos también de Magna Grecia y Sicilia (Parménides, Empédocles) y el alejandrino Apolonio de Rodas, hasta el egipcio Nonno (siglo v d. de C.) y su escuela; el dialecto jónico de la elegía y del epigrama será usado por todos los elegíacos hasta la época cristiana (Gregorio Nacianceno) y por los epigramatistas hasta la época de Justiniano; el dialecto dórico será la lengua de la gran lírica incluso para los jonios Simónides y Baquílides, como para el tebano Píndaro, y, atenuado, del lirismo coral de la tragedia y de la comedia ática; Heródoto, nacido en la dórica Halicarnaso, escribirá en el jónico de los primeros logógrafos.

Las principales lenguas literarias griegas se distribuyen en la siguiente forma:

a) Lengua de la épica: Homero, Hesíodo, *Ciclo*; de ella deriva directamente la lengua de la poesía jónica (elegía, epigrama, poesía yámbica, Anacreonte); la lengua jónica (reciente) será usada por los fisiólogos jónicos, los logógrafos, Herodoto y los escritores del *Corpus Hippocraticum*).

b) Lengua de la lírica monódica (dialecto de la isla de Lesbos: Alceo y Safo).

c) Lengua de la lírica coral (dialecto dórico: Alcmán, Estesícoro, Ibico, Simónides, Baquílides y Píndaro) y, en forma atenuada, en las partes líricas de la tragedia y de la comedia ática (Esquilo, Sófocles, Eurípides, Aristófanes, etc.); el dórico (de Sicilia) es también la lengua de la comedia siciliana (Epicarmo) y del mimo italiota (Sofrón); también constituye el fondo de la poesía bucólica (Teócrito, etc.), fuertemente mezclado con homerismos. Una escasa prosa dórica, de carácter científico, fue utilizada por Arquitas pitagórico, de Tarento, y el matemático Arquímedes de Siracusa.

d) El dialecto ático, en la poesía, es la lengua del diálogo trágico (literaria y elevada) y del diálogo cómico (coloquial y próxima a la lengua hablada); en la prosa es la lengua de los historiadores (Tucídides y Jenofonte), de los filósofos (sofistas, Platón) y de los oradores (Lisias, Isócrates, Demóstenes, etc.).

e) La κοινή, de base predominantemente ática atenuada, se constituye en la lengua panhelénica de la prosa y de la cultura en general, por lo que llega a ser usada por los escritores de todo el mundo helenizado. Dos importantes momentos de ella son la traducción, llamada de los *Setenta*, de los libros sagrados hebraicos del *Antiguo Testamento*, realizada en Alejandría en los siglos III-II a. de C., y el *Nuevo Testamento* que, aun con gradaciones debidas a la personalidad del escritor, se encuentra mucho más próximo a la lengua hablada de personas incultas, a quienes se dirige de manera especial el mensaje cristiano. En este mismo período, muchos papiros nos testimonian luego la profunda evolución, especialmente fonética, que se va efectuando en el griego.

f) Como reacción contra la κοινή, que aparecía como vulgar a los rétores y gramáticos, se promovió un retorno —tan sólo literario y exterior— a la pureza del ático. Es el llamado "aticismo" que, proclamado por Dionisio de Halicarnaso, se afirma con los escritores de la denominada Segunda Sofística: Luciano, Elio Arístides, Dión Crisóstomo, Eliano, etc. Dicho movimiento hace más profundo el distanciamiento entre la lengua escrita y la lengua hablada que la κοινή estaba nivelando y, por ello, ejerció una gran influencia, aunque negativa, sobre los destinos ulteriores del griego.

LA LITERATURA

Teniendo en cuenta la calidad de la producción literaria, se puede dividir la literatura griega en dos grandes períodos: clásico[8] y postclásico. El primero es el período de las grandes creaciones originales; el segundo más bien el de su tradición.

Dentro de cada uno de ellos se puede aún precisar, con respecto a los acontecimientos histórico-políticos, el siguiente esquema:

- I — Período clásico: siglo IX - 322 a. de C.
  1. Época "jónica", de los orígenes o arcaica: siglo IX hasta 500 a. de C. aproximad.
  2. Época "ática": 500-322 a. de C. (muerte de Aristóteles).
- II — Período postclásico: 322 a. de C. - 529 d. de C.
  3. Época "helenística" (o también "alejandrina" por su centro de mayor difusión): 322-30 a. de C.
  4. Época "greco-romana" o "imperial": 30 a. de C. - 529 d. de C.

Es superfluo indicar que esta división, como todas las similares, tiene solamente una finalidad práctica y que las fechas se han de tomar como puntos de referencia aproximados. Nuestra obra será dividida, por ello, en cuatro partes, que comprenderán cada una de ellas respectivamente la materia de los cuatro períodos señalados.

Pero la literatura de lengua griega no termina en el año 529 d. de C., ya que desde tal fecha hasta el 1453 se desarrolla la "literatura bizantina" (o "griega medieval"), es decir, la literatura de los pueblos unificados bajo el Imperio Bizantino o Imperio de Oriente (capital Bizancio = Constantinopla), griego de lengua y cultura y cristiano en su religión. Destruido el Imperio por los turcos, sobrevivieron la lengua, la cultura y la conciencia nacional de los griegos, hasta que en el año 1832 resurgió Grecia como nación libre e independiente. La producción literaria entre los siglos XV al XVIII constituye la fase de pasaje a la actual "literatura neogriega" ("neohelénica" o "griega moderna").

[8] "Classicus", de su significado de "ciudadano de primera clase para el censo", pasa en la crítica literaria al de "escritor excelente, ejemplar", que aparece por primera vez, opuesto a "proletarius", en Aulo Gelio (XIX,8,15) por boca del famoso rétor Frontón; extendido en general a los autores griegos y romanos, vuelve a utilizarse en el siglo XVI (posiblemente desde el Humanismo italiano). El término correspondiente griego era ἐγκεκριμένος' ἐγκριθείς "aprobado, selecto" (cfr. *Léxico Sudas*, δ 333, Foc., *Bibl.*, cod. 61).

CÓMO NOS HAN LLEGADO LAS OBRAS DE LA LITERATURA GRIEGA

De esta inmensa producción literaria, de cerca de quince siglos, nos ha llegado una parte relativamente exigua, si bien todavía imponente (muchos centenares de volúmenes), cuya selección y conservación, como iremos mostrando sucintamente, no se debieron de ningún modo a la casualidad sino que reflejan los gustos y las tendencias de una consciente tradición cultural. Esta larga historia de su transmisión, que presentaremos en sus caracteres generales y de conjunto, por razones obvias de brevedad, y dentro de la cual se distinguen historias particulares de determinadas categorías de textos que se corresponden en general con los diversos géneros, se puede dividir en tres períodos:

1 desde los orígenes hasta el siglo II d. de C.;
2 desde el siglo II hasta el siglo IX d. de C.;
3 desde el siglo IX hasta el Humanismo.

1) La difusión de las obras compuestas dentro de este período se caracteriza por un hecho que tendrá repercusiones en toda la historia posterior de tales textos. Hasta el siglo IV a. de C. fueron transmitidos por dos vías: tradición escrita y tradición oral. Así sucedió no solamente con toda la poesía llamada épica (homérica y hesiódica), sino con la lírica, la dramática, la poesía filosófica y hasta las primeras obras en prosa (fábulas, relatos, logógrafos y el propio Herodoto) [9].

En los orígenes, incluso en el caso de Homero [10], existe el texto escrito, si bien en limitadísimo número de copias, pero la tradición escrita y la tradición oral se entrecruzan e influyen recíprocamente durante toda la época clásica. Se agregan, a fines del siglo VI al menos, las necesidades de la escuela, que obviamente precisaba material escrito, aunque también en este caso fuera confiado mucho a la lectura y la memoria. El material normalmente utilizado [11] para las obras literarias era el papel obte-

[9] Probablemente la *Historia* de Tucídides fue el primer libro escrito para ser leído —siempre conforme a la lectura de los antiguos, es decir en alta voz— y no recitado.

[10] A esta solución, no sin divergencias, se va encaminando ahora —principalmente después de la interpretación de las tablillas micénicas— la larga cuestión de las relaciones entre la escritura y la composición de los poemas.

[11] En el mundo griego se comprueba la existencia de numerosos materiales para la escritura, cuyo empleo se veía determinado en gran parte por su

nido por la fibra de papiro, cuyo empleo para la escritura se halla documentado en Egipto ya a fines del III milenio a. de C., pero que es sin duda anterior. De tal papel, encolando trozos, se hacían tiras de variada longitud [12], y se escribía el texto con tinta en columnas verticales en una sola de las caras; luego se enrollaba la tira de modo que la cara escrita quedara en la parte interna y, sobre una lengüeta, que sobresalía del rollo, se colocaba la indicación de su contenido.

Estos textos, en lo que respecta a su uso y aspecto gráfico, fueron asegurados por la escritura de una manera que prácticamente perduró inalterable hasta los siglos VII-VIII d. de C., en caracteres mayúsculos, sin interrupción alguna no sólo entre los diversos períodos sino entre las palabras ("scriptio continua") y falta de espíritus, acentos e interpuntuaciones (que se pondrán en uso en la época helenística, aunque no de manera sistemática). Estaban escritos en alfabetos locales utilizados en los respectivos países, principalmente el jónico (oriental) en razón de la acción cultural cumplida por Jonia; éste llegó a ser el alfabeto oficial de Atenas, en los años 403-402, y suplantó gradualmente a los demás, por la hegemonía política y cultural de la ciudad. No es necesario casi recordar que toda transmisión de textos implica forzosamente el nacimiento de errores (ni siquiera la imprenta se libra de ellos), que pueden propagarse y sumarse en las diversas copias. A esta causa de errores, ínsita en la transmisión escrita, se agregaron los errores debidos al paso del antiguo alfabeto ático (de veintidós signos) al alfabeto jónico (de veinticuatro signos) como efecto de la recordada reforma, del arconte Euclides en los años 403-402. A dicha nueva *transcripción* fueron sometidos, en general, los textos compuestos y ya confiados a la escritura antes de aquella fecha, y sus consecuencias, es decir, los característicos errores, con dificultad han podido reconocerse y eliminarse de las ediciones en nuestros tiempos. Ha de observarse, en fin, que ya la época ática comenzó a realizar una involuntaria selección, por sus predilecciones por el teatro, la historiografía y la elocuencia, en perjuicio sobre todo de la poesía cíclica y lírica y de la más antigua prosa filosófico-historiográfica.

Un período decisivo en la conservación de la literatura griega

destino y la extensión de los textos: arcilla cruda, metales (tablas de plomo, láminas de oro, objetos de plata y bronce), piedra y mármol, terracota (vasos figurados y "óstraka", es decir, tejuelos de arcilla), tablillas de madera y de marfil enceradas y pieles trabajadas. Pero a fines del siglo VII se hizo general el uso del papiro para textos literarios.

12 La longitud media de un rollo parece haber sido de unos diez metros. Había, al parecer, rollos "cortos" y rollos "largos", pero es éste uno de los puntos sobre el que son más inseguros y fragmentarios nuestros conocimientos.

fue, por varias razones, la época helenística. Por mecenazgo de los soberanos se llevaron a cabo, al principio del siglo II, las primeras grandes recolecciones de libros, en varios centros de cultura, que se iban multiplicando entonces precisamente en todo el mundo griego. Se tiene noticia de colecciones personales, modestas por su condición, ya en la Atenas del siglo V, pero ahora la más grandiosa de las nuevas bibliotecas, la de Alejandría, alcanza a setecientos mil rollos de papiro, que representaba casi todo, o al menos la mayor o mejor parte, de cuanto había producido la literatura griega (y no sólo ella). Queda así asegurado el mejor texto posible de los grandes autores clásicos, comenzando naturalmente por Homero, y se promueve, además, la interpretación histórico-filológica por medio de grandes comentarios y monografías especiales. Es probable también que, mediante esta recolección de textos en las bibliotecas, se hayan salvado prácticamente algunos autores preáticos (Píndaro en primer lugar). Toda la época alejandrina continúa en esta valiosa tarea de recolección y de interpretación, cuyos restos, lamentablemente pequeños, son para nosotros de excepcional importancia. Pero a fines de dicha época desaparecen las monarquías helenísticas y se convierte Roma en la potencia hegemónica del Mediterráneo. Ésta absorbe también la función cultural de los grandes centros, ya secundarios, estableciendo ella misma grandes reservorios de libros de autores griegos y latinos o atrayéndose a los estudiosos griegos o helenizados, con lo que se transforma en el mayor centro de cultura, hasta el surgimiento de Constantinopla. Aún durante los siglos I y II d. de C., continúa en Roma la actividad crítica y exegética, pero entonces, por necesidades prácticas y en concomitancia con la incipiente decadencia general de la cultura, se manifiesta la tendencia a reducir a epítomes los grandes comentarios alejandrinos bajo formas de tratados o monografías, trasvasados a resúmenes más manuables de anotaciones comáticas. De toda la producción dramática, que comprendía millares de obras, van asumiendo forma canónica y definitiva, en el siglo II, las "obras selectas" que, continuando un proceso iniciado en la época helenística y con la finalidad de ofrecer a la escuela un "corpus" de quienes eran considerados los mejores, concretan para cada uno de los grandes autores (Esquilo, Sófocles, Eurípides, Aristófanes, y también Menandro) las selecciones que se transmitían luego en los manuscritos medievales (y ya en los papiros). En este período, en fin, tiene lugar la desaparición de las notaciones musicales, efectuadas con un sistema de letras y de signos subsidiarios escritos sobre la correspondiente línea del texto, que acompañaban a las partes líricas del drama y a las obras de lírica coral y monódica.

2) En el siglo II d. de C. hace su aparición un material para

escritura relativamente nuevo [13], la piel de oveja (o también de antílope o similares) convenientemente preparada, que recibió el nombre de "pergamino" del lugar de su difusión (Pérgamo); pero su uso había ya comenzado en el siglo anterior [14].

El pergamino, que, diversamente del papiro, era utilizado para escribir sobre ambas caras, llevaba consigo la desaparición del rollo. Se forma ahora el libro de hojas cuadradas y plegadas en dos, para constituir una unidad de cuatro o más páginas, unidas juntamente hasta un número necesario. Se pasa así del "volumen" al "codex", pero el paso es gradual, en cuanto al tiempo y según los lugares. Puede decirse en general que el siglo IV señala el definitivo predominio del pergamino en el mundo greco-romano, pero el papiro perdura aún más tiempo en los países de su origen, hasta el siglo VI, aunque se adapta a la nueva forma del códice antes de ser sustituido por el pergamino. Resulta interesante observar que el uso del pergamino tuvo su origen entre las comunidades cristianas y se extendió sólo gradualmente a los autores profanos. En el siglo III el rollo de papiros es la forma normal para las obras de los autores paganos, mientras predomina netamente el códice (de pergamino o de papiro) para los libros sagrados y los escritores cristianos. El paso del rollo de papiro al códice de pergamino tuvo consecuencias también para la historia de los textos, porque el códice permitía incluir en un solo libro una cantidad de texto normalmente triple o cuádruple de la contenida en un rollo.

Tras la reorientación clasicista de la segunda mitad del siglo II, van declinando cada vez más las condiciones culturales en Oriente y en Occidente, sea por las situaciones políticas o por el agotamiento de la civilización pagana, tendiendo asimismo a alejarse cada vez más los dos mundos hasta su definitiva separación en el siglo VII, tras una temporaria unión debida a la energía personal de Justiniano. Como resultado de ello, mientras en el Occidente latino se asegura la tradición de la cultura latina, en el Oriente, griego por su cultura y lengua, continúa la tradición griega, confiada ya casi exclusivamente a las instituciones culturales de su capital (Universidad cristiana, fundada por Teodosio II en el año 425; grandes monasterios, como el de Studios; colec-

[13] Herodoto (V,58) atestigua ya el uso de pieles en Jonia y en otros pueblos "bárbaros", aunque fuera excepcionalmente, es decir, por falta ocasional de papiro.

[14] Antes, pues, del presunto "embargo" egipcio sobre la exportación del papiro, como obstrucción contra la biblioteca rival de Pérgamo; este "embargo", decidido por un rey Eumenes no especificado (probablemente Eumenes I, entre los años 197-159 a. de C.), habría dado origen al empleo de la piel de oveja.

ciones de libros, como la Biblioteca de la Universidad, incendiada en el año 1204, y la Patriarcal).

Pero también en Bizancio, hasta la época de Justiniano, aunque las condiciones fueran mejores que en Occidente cuyo Imperio había sido arrasado bajo los bárbaros, continúa el proceso iniciado desde hacía ya tiempo de involución y decadencia de la cultura. La larga lucha político-religiosa llamada "de las imágenes" (712-867), que provocó graves consecuencias sociales y económicas y dañosas repercusiones también en el campo de la cultura, cierra el período más oscuro para la civilización bizantina y la tradición cultural a ella asignada. Durante estos siglos, entre el VII y la primera mitad del IX, se produce e intensifica la pérdida de muchas obras de la literatura griega, profana y sagrada. Para medir la gravedad del desastre téngase presente que entre los siglos V y VII habían llegado a su completa destrucción las grandes bibliotecas de otros centros culturales (Alejandría [15] sobre todo, Roma, Pérgamo [16], etc.). Por ello, de muchos autores, ya reducidos a un número exiguo de copias en las grandes bibliotecas, llegaba así a faltar el único testimonio que, muy a menudo, quedaba; y lo mismo sucedía con obras de muchos escritores cristianos, por razones en este caso de polémica religiosa. De la literatura cristiana sobrevivían los "libros sagrados" y las obras de los Padres que no habían sido envueltas en las violentas polémicas dogmáticas; de la literatura profana, Homero, que había sido siempre la base de la paideia griega, lo que se leía, en la escuela inferior, de los grandes clásicos, y un grupo de obras subsidiarias, históricas, científicas (medicina, matemática), filosóficas y filológico-gramaticales (incluidos repertorios y diccionarios), que formaban el material de la cultura y enseñanza superior.

3) Tales eran las desgraciadas condiciones de la cultura y del material bibliográfico hacia el año 850, cuando Basilio I el Grande (867-886), terminada la lucha iconoclasta, hizo resurgir la fortuna militar y política del Imperio, restaurando el ejército, las finanzas, la administración y la enseñanza. Ya en el año 863

[15] La gran Biblioteca del Museo sufrió ya sus primeras pérdidas durante el asedio y la conquista de César (año 47); La Biblioteca del Serapeo (con cerca de 40.000 volúmenes que eran posiblemente duplicados de los de la gran Biblioteca) sufrió grandes daños en la campaña de Aureliano (año 273) y acabó siendo destruida en la rebelión antipagana del año 391 promovida por el Patriarca Teófilo, adversario de Juan Crisóstomo. De los percances sufridos por la gran Biblioteca sabemos aún menos; como quiera que sea, no es sino leyenda la del incendio . . . teológico, provocado por el general de Omar, al apoderarse de ella en el año 642. Es probable, más bien, que por aquella fecha no existiera ya nada o quedara muy poco de ella.

[16] La biblioteca de Pérgamo, con sus 200.000 volúmenes, habría sido enviada a Alejandría por Antonio, como obsequio a Cleopatra.

el césar Bardas, tío del inepto Miguel III el Ebrio, había reorganizado completamente la Universidad, poniéndola bajo la dirección de León Matemático, hombre de vasta cultura que le ganó la fama de adivino y de mago, frecuente en aquel tiempo. En ella enseñaron Constantino, que fue el apóstol de los eslavos, y Focio. Nacido éste en Constantinopla hacia el año 820 (patriarca en el 859, depuesto por Basilio I el 867, reincorporado en el 877 y vuelto a ser depuesto el 886 por León VI y relegado al destierro en que murió hacia el año 891), fue la figura más representativa de la civilización bizantina, tanto como autor de obras dogmáticas, de erudición filológica e histórico-literarias, como animador de una auténtica renovación de la cultura literaria griega, que tuvo consecuencias decisivas para la conservación de los textos. Junto con numerosos colaboradores remedió las necesidades fundamentales del momento para mejorar la cultura, es decir, la conservación y difusión de las obras literarias, de las cuales, como hemos dicho, sólo las más importantes se habían salvado a través de los siglos oscuros, y frecuentemente en copias únicas. Además estas copias se encontraban en códices de pergamino (más raramente de papiro) de los siglos v-viii, los que, aparte de los daños sufridos por el largo olvido, continuaban en el aspecto gráfico con la técnica de las ediciones helenísticas e imperiales, que antes hemos descripto, y eran, por ello, casi inservibles. Por ello se vio la necesidad de pasarlas a una escritura legible, lo que se logró con el empleo de la minúscula cursiva (que en lugar de la mayúscula facilitaba también una economía de espacio y, por ello, de material), con la adopción, si bien parcial, de signos de puntuación, y la separación de períodos y palabras, provistas de espíritus y de acentos. Se trata, pues, no ya de una simple transcripción, sino de una auténtica y difícil interpretación filológica, que, precisamente por ello fue realizada de ordinario una sola vez y luego, transliterado el ejemplar, conservado en una biblioteca, se difundía en determinadas copias según las necesidades culturales y escolares. Dichas transliteraciones continuaron hasta aproximadamente el año 1100 por obra de colaboradores y discípulos de Focio, entre los que es digno de recordar a Aretas, nacido en Patras hacia el año 850, obispo de Cesarea de Capadocia hacia el 902 y muerto no antes del 944. Para juzgar la grandiosidad e importancia de tal operación baste pensar que lo que poseemos hoy de la literatura griega es cuanto fue transliterado en este período, salvo los textos recuperados luego por los papiros, "ostraka", etc., y que se perdieron muy pocas obras de las salvadas por tal transliteración. Asimismo es muy grande el valor filológico del trabajo, aparte de las dificultades superadas en la transcripción, porque la transliteración fue realizada con ejemplar fidelidad, conservando incluso a menudo la disposición gráfica del original.

De tal modo llegamos a poseer el estado de los textos de las ediciones filológicas alejandrinas e imperiales, a través de copias más o menos directas. Pero los cuidados y beneficios de estos filólogos no se limitaron sólo a los textos. Buscaron, además, cuanto quedaba del material exegético de origen alejandrino e imperial, el que, aun habiendo sufrido pérdidas, reducciones y epítomes, se había conservado en comentarios que se encontraban aún separados de los textos a que se referían, en razón de su extensión. De tal material extrajeron breves notas exegéticas (escolios), restos valiosos de la antigua actividad filológica, adaptándolos de modo que cada página del códice contuviera sus notas correspondientes, junto a una porción del texto, dando así origen a las "ediciones comentadas". De estos códices transliterados derivan las grandes ediciones de los siglos x-xi, que son la base de la tradición medieval, pero únicamente a través de copias, ya que sólo alguno, quizás, de los ejemplares directamente transliterados ha llegado hasta nosotros.

De tal manera, hemos dicho, se salvó lo que era aún recuperable de la literatura griega. Las obras se difunden entonces en variado número de ejemplares y sobreviven así a pesar de los grandes destrozos que la conquista latina y el Imperio latino de Oriente (1204-1261) causaron a la cultura bizantina. Ésta, junto con el poder político legítimo, se refugió entonces en Nicea, en Trapezunte y en Epiro, hasta la restauración del trono de Bizancio por obra de Miguel VIII Paleólogo. Bajo la dinastía de este último vuelve a renacer la filología, pero con características diversas a la conservadora de la época de Focio. Los textos son no solamente transcriptos sino también establecidos con criterios filológicos, aunque sean éstos discutibles y necesariamente elementales; y vuelve a comenzar una notable actividad exegética que siguiendo el ejemplo dado en el siglo precedente por Juan Tzetzes y su hermano menor Isaac, produce nuevos comentarios (escolios), apreciables también por sus contribuciones originales y no sólo por la utilización de fuentes perdidas para nosotros. En su conjunto, esta última filología de la época de los Paleólogos (hasta el año 1350 aproximadamente) es también benemérita en la conservación de textos griegos, por obra de Eustacio de Tesalónica, Máximo Planudes, Manuel Moscopulo, Tomás Magistro y Demetrio Triclinio, que fue, sin duda, el más importante. Además, en razón de que las copias de los textos se difunden en gran número, en esta época de renacimiento cultural, sucedió que los códices debidos a los filólogos de este período, como los más fáciles de encontrar a mano, constituyeron la base de las primeras ediciones en imprenta al cuidado de nuestros humanistas. Sólo la filología del siglo xix, con la reconstrucción de la historia de los textos, procedió a la indagación de las grandes ediciones sobrevivientes

de los siglos x-xii, las que representan de ordinario la fuente más autorizada para el establecimiento de textos, por reproducir muy aproximadamente el estado de los mismos al final de la época clásica y ser las más correctas, por lo tanto, en cuanto más antiguas y menos sometidas a los deterioros mecánicos de la tradición.

Luego comienza la agonía política y cultural de Bizancio, encerrada en un asedio cada vez más estrecho y amenazador, que termina con la conquista por parte de los turcos de Mahoma II, el 29 de mayo del año 1453, a pesar de la heroica resistencia y el sacrificio del propio emperador, de sus tropas y de las fuerzas auxiliares genovesas. Los sabios griegos, ya antes de la conquista turca y mucho más después de ella, se refugian en Italia, que no sólo era la tierra más próxima, sino que estaba renovando la civilización europea en aquel mismo siglo xiv mediante su Humanismo, con Petrarca y Bocaccio. Llevaron ellos consigo los preciosos manuscritos; y como Petrarca, por ejemplo, anduvo en búsqueda de códices latinos en Italia y fuera de ella, igualmente nuestros humanistas, al descubrirse entonces la civilización griega, se dirigieron a Constantinopla en acopio de manuscritos griegos. Así, después de al menos diez siglos, volvieron los grandes autores griegos al Occidente, que prácticamente los había olvidado o conocido de nombre y que tan sólo desde hacía tres o cuatro siglos había recomenzado a traducir, a duras penas, algo de los autores griegos (científicos, filósofos, médicos) que más interesaban a la cultura medieval[17]. Ahora regresa triunfalmente la cultura griega para fecundar la renaciente civilización que, par-

[17] No se puede pasar por alto la mención, aunque sea rápidamente, de la importancia cultural en este momento de Italia meridional y Sicilia, que fue durante el medioevo casi la única, o al menos por largo tiempo la más importante isla de cultura griega en Occidente. Rehelenizada profundamente a comienzos del siglo vii, la "Magna Grecia" bizantina desarrolló una notable civilización incluso literaria, con una abundante producción himnológica, hagiográfica, homiliaria y teológica. Los grandes monasterios llamados basilios poseían códices griegos, importados de Bizancio o producidos por ellos mismos en numerosos "scriptoria" que la investigación moderna va individualizando, y tenían escuelas públicas de griego. Y mientras llega a Occidente la ciencia griega mediante la traducción al latín de obras árabes, traducciones o adaptaciones éstas del griego, comienzan en Italia meridional y en Sicilia —y en menor grado en Italia septentrional— las primeras traducciones directas en el siglo xi, del griego al latín: el *Almagesto* de Ptolomeo, algunos diálogos platónicos, obras de Aristóteles y Diógenes Laercio, que constituyen modestas traducciones literales precedentes en tres siglos de las primeras traducciones humanistas. No está, pues, fuera de lugar el recordar los méritos de esta cultura griega de Italia meridional y Sicilia, que anticipa el Humanismo centroseptentrional. Los dos movimientos se encontraban y se fundían, casi simbólicamente, en las figuras de Escolario Saba, Nicolás de Regio y, sobre todo, de Barlaam y Leoncio Pilato, maestro éste de griego de Petrarca y de Boccaccio.

tiendo de Italia, conquista Europa. A Italia corresponde otra vez el mérito de haber dado a la imprenta por vez primera los grandes autores griegos, comenzando por el Homero florentino del año 1488 al cuidado de Demetrio Calcóndilas. Los clásicos griegos vuelven a la luz en gran cantidad, según las necesidades de la renovada cultura, en Venecia, en la Academia de los Aldos, ayudados por numerosos sabios griegos, o en la imprenta de los Giunta, de Florencia. Y así se salvan ya para siempre.

PARTE PRIMERA

EPOCA JONICA, O DE LOS ORIGENES

(Siglo IX aproximadamente a 500 a. de C.)

CAPÍTULO PRIMERO

ANTES DE HOMERO

RELACIONES POLÍTICO-CULTURALES ENTRE GRECIA PROTOHISTÓRICA Y EL CERCANO ORIENTE

En el cuadro sucinto que hemos trazado de la formación del pueblo griego (v. Introducción, págs. 14-18), hemos tenido ocasión de señalar incidentalmente las relaciones entre Grecia protohistórica y el vecino Oriente mediterráneo, en que nacieron las primeras civilizaciones. Los recientes y afortunados descubrimientos arqueológicos, y sus consiguientes alcances históricos y culturales, han acrecentado no sólo los conocimientos sobre tales civilizaciones, sino también por reflejo, mediante relaciones documentadas con ellas, las perspectivas sobre la historia y la cultura de la más antigua Grecia. De esta manera resulta hoy no solamente posible sino necesario tener en cuenta la real importancia de tales relaciones, que es verdaderamente notable respecto a la civilización griega, y en una realidad histórica, además, que puede ceñir los hechos a sus verdaderas proporciones, evitando las exageraciones orientalistas —hoy, en verdad, muy atenuadas— que, al final del siglo pasado y principio del presente, condujeron al panbabilonismo, panfenicismo, etc., incluso respecto a los orígenes griegos.

Grecia, por su posición geográfica, inmersa ella misma en el Mediterráneo oriental, y más aún por el sistema de numerosas islas que facilitaban la navegación incluso a los modestos navíos antiguos, está destinada a relaciones, más o menos frecuentes pero constantes en toda su historia, con el cercano Oriente. La línea normal de comunicación con éste, desde el neolítico, a través de Creta y Rodas seguía la costa anatólica, tocaba Chipre y, a lo largo del litoral sirio-palestino, alcanzaba su natural continuación formada por la costa egipcia. Ya el neolítico de Creta (entre 5000 y 3000 a. de C.) estaba en relaciones, a través de Anatolia, con la Mesopotamia; por ello la metalurgia, que allí había surgido, llega a Creta y a toda la Egeida hacia el 3000, asimismo a través de Anatolia. Las relaciones entre Creta y Mesopotamia se

hacen cada vez más intensas al surgir el poderío cretense. Constituido éste (entre 2050 y 1730), se desarrolla una expansión comercial cretense en las Cícladas y en la Argólida con mercados en Chipre, Biblos, Ugarit y hasta en Egipto por vía sirio-palestina. Pero los contactos entre Creta y Egipto habían ya comenzado al final del M.A.III (2400-2100 a. de C.: escritura jeroglífica cretense). Hacia la misma época (2000 a. de C.) aparecen en Anatolia los hititas, cuyo imperio alcanza su apogeo entre los siglos xv a xiii, para desaparecer alrededor de 1200, precedidos, alrededor del 2400, por los luitas, primera población indoeuropea en Anatolia, seguidos por los palaítas, hititas y otros. Los hititas introducen en Anatolia el caballo y el carro ligero, que fue una revolución en el arte de la guerra y constituyó la causa de sus fortunas militares; sus afines indoeuropeos, los minios, llevaron el caballo a Grecia hacia el año 2000, y otra rama de los minios a la Tróada poco más o menos al mismo tiempo. Llega así el período de mayor poderío cretense (1700-1450 a. de C.) tras la venida de los luitas (construcción de los segundos palacios de Cnosos y Festos; escritura lineal A), en que los cretenses llegan a ser los intermediarios del comercio con Egipto y extienden sus relaciones con la Egeida irradiando desde Cnosos. Asimismo intensifican las relaciones con el Nuevo Imperio egipcio, surgido tras la invasión de los hicsos (dinastía XVIII: 1580-1314). Motivos decorativos cretenses se difunden en Egipto donde aparecen, en sus frescos, los delegados "keftiu" (cretenses) llevando ofrendas al faraón.

Después, alrededor de 1400, es destruida Cnosos, quizá por causas naturales (fin de la escritura lineal A). Mientras tanto Micenas, que había sido habitada desde el año 3000, recibe hacia el 2000 los primeros minios; entre 1500 y 1400 es la época de las tumbas de fosa y tumbas de cúpula al mismo tiempo. Comienza la expansión aquea. Cnosos, destruida hacia 1400, es conquistada por los aqueos en el siglo siguiente y tiene un nuevo período de esplendor (1300-1200: escritura lineal B). Entre 1400 y 1200 se halla la acmé del poderío de los micénicos (aqueos), que se extienden por toda Grecia continental (Argólida, Corintia, Ática, Beocia, Tesalia, Laconia, Mesenia, Élida); después, sobre las huellas del poderío cretense declinante, se expanden con irresistible impulso por todo el Mediterráneo. Alrededor de 1200 destruyen la Troya homérica (Troya vii-b), pero sin penetrar en el interior, donde es todavía demasiado fuerte el poderío hitita; y es precisamente en los documentos hititas de esta época (1250-1200) cuando encontramos por primera vez su nombre (*Ahhijawa*, que serán los 'Αχαιϝοί homéricos, identificación ahora plenamente aceptada). Después, a través de la costa anatolia (Lesbos, Mileto, Colofón) y de Cilicia (Tarsos, alrededor de 1200), descienden

a lo largo del Mediterráneo oriental (Chipre, Siria, Fenicia, Palestina, hasta Egipto) y fundan numerosos establecimientos comerciales (Ugarit, hoy Ras-Shamra: 1300-1200; Biblos en Fenicia, Jericó en Palestina); hacia Occidente, siguiendo asimismo a los cretenses, llegan hasta Italia meridional, donde encontramos vestigios en Lípari (ya en el siglo XVI), en Sicilia y sobre las costas apuliense y campana.

La amplitud de tal extensión denota un gran poderío marítimo, que tuvo como centro de irradiación la isla de Rodas, si bien no propiamente como capital. Estas relaciones están documentadas por numerosos descubrimientos arqueológicos, cuya importancia se puede colegir de los mismos particularmente respecto a Egipto. Del reino de Amenofis III (1408-1372) se difunden objetos egipcios por toda Grecia, además de Micenas; a su vez se descubren gran cantidad de vasos heládicos en Tell el-Amarna, la nueva capital de Amenofis IV (1372-1354), y en los documentos egipcios a los "keftiu" suceden entonces los "habitantes de las islas", es decir, los aqueos, desde la época de Tutmosis III (1500-1450) hasta aproximadamente el año 1150. Luego, por obra de los llamados dorios, desaparecen los centros aqueos de Grecia (Argólida, Peloponeso, Beocia, Tesalia) y entre 1200-1100 es destruida la propia Micenas. Siguen en Grecia los denominados "siglos oscuros" (1200-800), cuya responsabilidad suele adscribirse a los últimos invasores; este período es designado también como "medievo helénico", a cuyo propósito hemos ya adelantado reservas sobre las analogías que tal denominación pretende señalar. Hay que tener presente, en efecto, que, hacia 1200, entra en profunda crisis todo el sistema político del Mediterráneo oriental (incluso el imperio hitita), que había conocido su esplendor en la época llamada de "Tell el-Amarna" (siglos XV-XIII).

La invasión doria determina muchas corrientes migratorias, de las que una de las más importantes es la que desde Pilos, pasando por Atenas, llega a Jonia. Las relaciones entre Grecia y Egipto se ven interrumpidas desde el siglo X hasta la mitad del siglo VII; Egipto mismo es sustituido en el comercio mediterráneo por los fenicios, de quienes encontramos tantos recuerdos en Homero, sobre todo, naturalmente, en la *Odisea.* Son precisamente los fenicios quienes llegan a perfeccionar un invento de extrema importancia para la escritura, el alfabeto acrofónico de veintitrés signos, documentado ya en el sarcófago de Ahiram, rey de Biblos (¿siglo XIII?), que los dorios adaptaron, hacia el 900, a su propia lengua, introduciendo en él signos para las vocales, que faltaban en los alfabetos semíticos, y lo difundieron por toda Grecia, donde la lineal B parece haber desaparecido a partir del año 1200, si bien puede haber sobrevivido algún tiempo más. La adopción de la escritura alfabética parece haberse realizado en Rodas, por

obra de los propios dorios que trajeron a Grecia el hierro y el estilo geométrico, y no en Chipre donde los aqueos emplearon la antigua escritura lineal aproximadamente hasta el año 1050 e inventaron luego un segundo sistema lineal que se continuará usando hasta el siglo III a. de C. Poco después, entre 850 y 800, nos encontramos ya con la época de Homero.

Las civilizaciones mediterráneas que hemos visto en tan antiguas, constantes e intensas relaciones con el mundo griego, a través de cretenses, aqueos y dorios, tuvieron espléndidas manifestaciones sumamente importantes para la historia de la humanidad, la que se eleva precisamente en tales lugares a formas políticas, sociales y artísticas de muy alto valor, después de la oscuridad de la prehistoria, durante la cual parece empeñada solamente o sobre todo en la lucha por la existencia. En cuanto interesa más propiamente a nuestro propósito, bastará recordar las ricas manifestaciones literarias de Egipto y de la civilización mesopotámica, desarrolladas en forma diversa. Egipto prefiere la materia narrativa (cuento, fábula, apólogo), lírica y didáctico-científica, en tanto que Mesopotamia se eleva al poema épico (*Gilgamesh*) y cosmogónico (*Enuma Elish*, "Poema de la creación"). Son literaturas, una y otra, de carácter comúnmente docto y áulico y, lo que es importante hacer notar, confiadas ya a la escritura cuando menos en el segundo mileno a. de C.

Es difícil pensar que las relaciones de estas culturas con el mundo griego, primero con los cretenses y luego con los aqueos, se hayan limitado al campo político-comercial. No es ni siquiera necesario invocar al respecto algunas de las características más permanentes del espíritu griego, como la curiosidad, el deseo de conocer y la amplitud de sus intereses, pues la historia demuestra que las relaciones comerciales y las políticas (incluso las hostiles) no van nunca separadas de relaciones culturales. Por consiguiente, no es nada arriesgado admitir que los griegos conocieron dichas manifestaciones literarias. La investigación moderna ha comprobado en ellas algunos hechos interesantes. El epíteto fijo con el nombre, la iteración, las comparaciones, el discurso referido en forma directa, aspectos característicos de lo que podríamos llamar "estilo épico", se encuentran ya en los cantos sumerios sobre Gilgamesh (a fines del III milenio), de donde pasan a las copias babilónicas del mismo epos (1800 a. de C.) e incluso a la versión asiria del siglo VII; lo mismo sucede con el *Poema de la creación*, el *Poema de Adapa*, los poemas protofenicios de Ugarit y los poemas hititas del ciclo de Kumarpi. No faltan tampoco en Egipto, en el poema sobre la batalla de Qadesh (1294) y en los epítetos protocolares del estilo cancilleresco y de la correspondencia diplomática. Algunos de estos aspectos son ciertamente

de origen religioso y cultural, como el epíteto y la fórmula fija para el dios.

LA "LITERATURA" GRIEGA ANTES DE HOMERO

Bastaría, pues, la simple existencia de estas literaturas orientales para deducir con mucha verosimilitud que los cretenses y micénicos, que alcanzaron formas de arte tan espléndidas en arquitectura, frescos, cerámica, taracea, orfebrería y glíptica, que tuvieron ciertamente una religión, una mitología y un patrimonio de leyendas reflejadas claramente en las correspondientes manifestaciones griegas y que conocieron la escritura o más bien varias formas de escritura, tuvieron asimismo ellos una "literatura", a pesar de que, hasta ahora, no haya aparecido ningún documento al respecto [18].

Hay solamente una hipótesis de que el famoso "disco de Festos" (1700-1600 a. de C.), en jeroglíficos no interpretados hasta ahora, contenga un texto poético (¿un himno a la divinidad?), como parecerían indicar algunas cadencias o estribillos que se repiten con intervalos al final de algunas secciones del texto. Escenas de culto funerario, con una procesión de oferentes ritmada por un tocador de doble flauta, y otra con un tocador de heptacordio, se ven representadas en el célebre sarcófago de piedra, pintado con frescos, de Hagía Triáda (Creta, siglo xv), y similares tocadores se observan en un fresco proveniente de la misma localidad, que parece pertenecer al propio artista del sarcófago; asimismo aparece un tocador de lira en el grandioso fresco de la procesión religiosa (de alrededor de 1400) sobre el muro del corredor del gran propíleo en el palacio real de Cnosos. Es muy probable que el acompañamiento musical implique la ejecución de cantos corales (fúnebres, religiosos); un solista, a su vez, aparece en un fresco de Pilos. Del mismo modo algunos conocidos monumentos cretenses y micénicos parecen referirse a formas mímicas. Entre los principales recordamos una de las

[18] Téngase presente que la conservación de las tablillas cretenses y micénicas se debió a un azar, es decir, al fuego de los incendios que destruyeron aquellos lugares. A diferencia, en efecto, de los mesopotámicos, que utilizaban tablillas de arcilla secadas al sol (conservadas, por ello, hasta nuestros días con los signos gráficos grabados en ellas), los cretenses y micénicos empleaban tablillas de arcilla cruda que no acostumbraban a cocer, y que, lavadas, podían servir para una nueva escritura. Estaban, por tanto, destinadas a deshacerse con el tiempo, lo que hubiera ocurrido con las que han llegado hasta nosotros si no se hubieran cocido con el fuego y así conservado. Muy raros son los caracteres escritos en vasos o grabados en metal, que se han encontrado en Tebas y algunos otros lugares.

obras maestras del arte cretense, el muy conocido "vaso de los segadores" de Hagía Triáda (siglo XVI), que parece describir un cortejo de acción de gracias después de la siega, formado por un coro de segadores en marcha, con los instrumentos agrícolas al hombro, seguidos de un grupo de cantores, de los que uno toca el sistro y da el ritmo a la marcha y al canto; es muy vívida la representación del desorden causado en las últimas filas por uno de los segadores, que, quizás ebrio, ha tropezado y se ha caído. El vaso ha sido interpretado nada menos que como un "antecedente de la comedia griega", pero, sin llegar a tanto, es verdaderamente notable su vivaz realismo mímico. Quizás asimismo, a juicio nuestro, se puede ver no ya decadencia y defectos de medios expresivos, sino más bien una intencionada aunque desmañada caricatura en el conocido "vaso de los guerreros" (de Micenas: ¿siglo XII?) con sus enormes narices y el paso inseguro y sesgado. En fin, se interpretan como danzas extáticas de preménades algunas representaciones de gemas cretenses y, puesto que el nombre de Dioniso se halla documentado en Pilos[19] (y quizás otros nombres dionisíacos en Cnosos, como Sileno, Iaccho, Penteo), no puede excluirse que el tema "dionisíaco" haya sido tratado en Creta y Micenas, aunque sea en forma desconocida para nosotros, si bien el canto de las mujeres eleas (*Carm.pop.*46 D^2) haría pensar más bien en formas líricas.

Estos vestigios de precedentes "literarios", interesantes pero siempre para estimar con mucha cautela, llegan a ser en cierta forma más consistentes y de cualquier modo más propiamente "griegos" en el mundo micénico. Mediante la expansión aquea, sobre todo a Ugarit-Ras Shamra, Mari y Chipre, los griegos micénicos entran en contacto directo con las civilizaciones contemporáneas del cercano Oriente, herederas de tradiciones antiquísimas de cultura. Sucede esto, además, dentro de las condiciones sumamente favorables para intercambios internacionales de la época llamada "de Tell el-Amarna", en los siglos XV-XIII. Es éste un período de equilibrio político entre las grandes potencias mediterráneas, de intensas relaciones diplomáticas y comerciales, que llevan consigo una "koiné" cultural de sumo interés, y que coincide casi exactamente con la acmé del poderío aqueo. En el archivo de Tell el-Amarna se encuentran copias de poemas babilonios, y los escribas del Faraón escriben las cartas oficiales en caracteres cuneiformes; en Siria se habla y se escribe (en diversos alfabetos)el acadio, que llega a ser la lengua oficial de la diplo-

[19] Ya en el año 1953, en el memorable informe de Ventris, en forma que podía dar lugar —equivocadamente— a alguna duda; ahora, en un texto más amplio y enteramente seguro, también en Pilos, en la tablilla *Xb 1419* (cfr. *Am. J. of Arch.*, 65,1961,pág.162).

macia mediterránea, así como el hitita, el protofenicio y con seguridad también el micénico; en la capital hitita se hacen traducciones o refundiciones de poemas hurritas y babilonios, también en acadio. Y puesto que, como hemos visto, los aqueos se introdujeron en este mundo con una extensa y activa presencia, resulta del todo natural que se encuentren relaciones entre la *Odisea* y la narrativa egipcia (Proteo, por ejemplo), que se renueven en la *Odisea* motivos del epos babilónico de Gilgamesh (Circe, las columnas del cielo, el país de los muertos, etc.), que Homero repita típicas y antiquísimas "historias de asedio" difundidas en casi todas estas literaturas y que se correspondan notables afinidades, incluso en los detalles, entre la historia sagrada sumerobabilónica de la tríada Anu-Kumarpi-Ullikummi (conocida por textos curritas que datan de 1400 a 1200) y la griega de Uranos-Cronos-Zeus (fijada en la *Teogonía* hesiódica). Nada impide creer, en efecto, que los aqueos, llegados a conocimiento de tales literaturas, hayan adoptado y elaborado algunos de sus elementos, como la materia mítica o legendaria que aparece conocida por Homero, a veces con evidentes señales de altísima y auténtica antigüedad, cual la historia hitita del licio Belerofonte. Las alusiones rápidas de Homero para con algunos temas muestran, a veces, que se trataba de asuntos muy bien conocidos, como por ejemplo, sobre la nave "Argos celebrada por todos" (*Odisea*,XII, 70). En esta "literatura" micénica recientemente han sido postulados, además, de manera conjetural y deductiva, tres tipos de poesía:

1) Cantos culturales;

2) Cantos en honor de grandes reyes del pasado, ejecutados en ocasión de ceremonias de aniversario;

3) Cantos convivales que celebraban leyendas de diferentes personas y lugares, las que formaban parte asimismo de las gestas del rey.

Mientras estos últimos eran improvisados y orales, los cantos propiamente épicos (con extensión aproximada de 5.000 versos) eran escritos. Es muy probable que continuaran empleando los medios de expresión épica que se hallaban ya en la época minoica y en las antiguas literaturas orientales, lo que, por lo demás, se confirma por cuanto perdura al respecto en la técnica de Homero.

Diversas tradiciones griegas, por otra parte, sitúan precisamente en este período el origen de muchos géneros literarios, no solamente de los más antiguos, como el hexámetro "inventado" por la sacerdotisa délfica Femonoe (o también por Fenotea o por Orfeo) y el yambo "inventado" por Yambé para consolar el dolor de Deméter en búsqueda de su hija Perséfone, sino incluso de

la poesía dramática y la bucólica. Los orígenes de la lírica y de la poesía religiosa y didáctica los referían los griegos a numerosos cantores legendarios, como Orfeo, Lino, Tamiris, Oleno, Museo, Eumolpo, etc., todos ubicables precisamente, poco más o menos, en la época micénica. También atribuían el origen de los principales juegos panhelénicos a personajes de la misma época o incluso más antiguos, como a Pélope o a Heracles. Herodoto (V, 59) refiere tres inscripciones, por él copiadas, del templo de Apolo Ismenio en Tebas en "letras fenicias": una de Anfitrión tras su victoria sobre los telebeos, otra de Esqueo, coetáneo de Edipo, y una tercera de Laodamante, que vivió en tiempos de Etéocles.

Tradiciones varias, en fin, se refieren a la poesía épica y en particular al tema troyano, tratado por numerosos poetas antes de Homero. Son tradiciones manifiestamente legendarias y algunas del todo fantásticas (si bien alguna, como la de Dictis cretense, fue revalorada en época moderna), que claramente conservan, sin embargo, recuerdo y conciencia de la elaboración de tal tema en una larga tradición anterior a Homero. He aquí algunos nombres, sobre los cuales no ha de excluirse la posibilidad de que algún descubrimiento llegue un día a darnos una sorpresa:

Siagro (o también Eagro) habría sido entre todos el primero en cantar la guerra de Troya (Eliano,*v.h.*XIV,21; Eust.*prooem.in Il.*); Corino de Ilión, contemporáneo de la guerra, habría escrito una *Ilíada*, de la que Homero habría tomado el argumento (*Lex. Sud.*,s.v.). Homero habría conocido y utilizado, además, la obra de Dafne o Manto, hija de Tiresias (Diodoro Sículo,IV,66); de Helena, hija de Museo (Ptol. Hefest.,en Focio,*Bibl.*cod.190); de Palamedes (de quien Homero, por envidia, habría destruido el texto, según Tzetzes en Licofr. *Ad.* 384; Dióg.Laerc.II,44;Ptol. Hefest., en Focio,l.c.,etc.); de Fantasia de Menfis (autora de una *Ilíada* y de una *Odisea,* cuyos ejemplares habría recibido Homero del sacerdote Fanites en Menfis, según Ptol.Hefest.,en Focio,l.c.); de Pronápides, que habría sido maestro de Homero (Tzetzes,*Chil.* XIII,634); de Sísifo de Cos, posible autor de una *Ilíada* (Tzetzes, *Chil.*V hist.29); de Dares frigio, que habría escrito su poema en hojas de palma (Isid.*Orig.*I,41) y de quien Eliano (*v.h.*,XI,2) dice conocer una *Ilíada* frigia aún existente; y de Dictis de Cnosos.

Temas épicos, en fin, habrían tratado, siempre antes de Homero, los siguientes: Autómedes micénico, que vivió en tiempos de la guerra, y habría compuesto en hexámetros la *Guerra de Anfitrión contra los telebeos* y una *Contienda del Citerón y el Helicón* (Escol.Hom.Od.,III,267); Demódoco de Corcira, que habría escrito, además de la *Toma de Troya,* un poema sobre los amores de Ares y Afrodita, imitado por Homero (ps.-Plut.,*de mus.*

3); Femio de Ítaca, autor de los *Regresos* (ps.-Plut.,*op.cit.*,ibid.); Melisandro de Mileto, autor de una *Guerra de lapitas y centauros* (Eliano,*v.h.*,XI,2); Orebancio de Trecena, autor de no especificados *Logoi Trezenii* (Elian.,ibid.); y Palefato de Atenas, autor de una Κοσμοποιία y *Troica* (*Lex. Sud.*, s.v.).

ORIGINALIDAD DE LOS GRIEGOS

Cuando aparecen, pues, los griegos en la historia, el mundo era ya viejo con sus milenios de civilización en los que los egipcios, acadio-sumerios, cretenses, hititas y fenicios habían elaborado las conquistas fundamentales de la civilización, desde la organización político-social a la escritura, desde las artes a las ciencias. Todo esto, y muchas otras cosas, no las inventaron los griegos, aunque muchos creyeran, de buena fe, que lo habían hecho. Sin embargo, partiendo de aquellas formas que en Oriente se habían como anquilosado en módulos inmóviles y cerrados, los griegos introdujeron en todas las manifestaciones de la vida una dinámica que renueva, hasta hacerlas irreconocibles, aquellas antiguas formas. Esta dinámica constituye la verdadera originalidad de los griegos e imprime un nuevo ritmo a la historia y una nueva dirección a la civilización, bajo el signo de un "humanismo" que quedará para siempre como gloria del espíritu griego.

El campo en que quizás se puede mejor apreciar la novedad de los griegos es ciertamente la poesía. Si nos atenemos a los caracteres no ya sólo formales de lo que, por larga tradición y común consenso, llamamos "poesía", parece ser Homero no sólo el más antiguo poeta de Occidente, sino el primero de la historia[20]. Quien conozca, aunque sea someramente y de segunda mano —como quien esto escribe—, las obras de aquellas literaturas, no puede sustraerse a la impresión, al pasar a Grecia, de encontrarse en un mundo nuevo, donde se respira libremente, donde el hombre puede manifestarse como tal en todos sus aspectos, donde se van creando valores ideales, sentimientos y problemas que verdaderamente por primera vez nos parecen nuestros; en un mundo, en fin, en que nos reencontramos y nos comprendemos con todos aquellos que pertenecen a la tradición europea, cualquiera sea la lengua por ellos hablada, en una fundamental unidad

[20] Escribe un orientalista como Cyrus F. Gordon (*Il Vecchio Testamento e i popoli del Mediterraneo orientale*, trad.it.,Brescia,1959,págs.81,n.13; cfr. también pág.104): "La poesia del Vecchio Oriente anteriore all'epoca greca non è governata da regole metriche. Il parallelismo può lasciare l'impressione di obbedire a qualche norma metrica, ma l'impressione non deve trarre in inganno." Cfr. también S. Moscati, *Le antiche civiltà semitiche*, Milán,1961,pág.58.

de un lenguaje interior común. Por primera vez en la historia el poeta tiene un nombre y en la medida del hombre concibe y expresa un mundo poético. Frente a infatuaciones orientalistas, que retornan puntualmente a cada nuevo descubrimiento, se hace necesario atestiguar, ante apagados entusiasmos, que permanece intacta la verdadera originalidad del espíritu griego y justamente más en cuanto la investigación moderna va insertándola mejor en un cuadro histórico, que se va haciendo cada vez más rico e interesante, de relaciones múltiples e incluso insospechadas. Todos estos contactos y encuentros, cuya suma importancia nadie niega, iluminan con nueva luz muchos aspectos de la civilización griega arcaica y condicionan al respecto en parte la propia existencia y algunas de sus formas. Pero esto —es preciso decirlo bien claramente— no tiene nada que ver con la poesía de Homero, con la grandeza poética de Homero. Se trata, en general, de obras de modesto valor literario, de las que los propios especialistas hacen notar su monotonía, sin quitarles por eso su valor de venerables documentos de las más antiguas manifestaciones literarias de la humanidad. Son al respecto —se podría decir— más bien los materiales de la poesía; y siempre en vista de un fin "práctico", como es la celebración religiosa o dinástica, pero no la libre y autónoma efusión del poeta en la creación del canto. Las Musas son solamente griegas. En realidad el Oriente antiguo ha tenido una sola gran literatura, la del *Antiguo Testamento.* Pero Israel ha sido justamente el pueblo que menos relaciones tuvo con el mundo griego, en la época protohistórica, arcaica y clásica, y tales relaciones quedaron casi sin efectos culturales [21].

En fin, no deja de ser interesante observar —asimismo respecto a las demás civilizaciones teocráticas del cercano Oriente— que el pueblo griego no ha conservado sino muy escasos restos de poesía propiamente sagrada y religiosa. Basta considerar la dimensión humana a que es llevado el héroe griego o el rey homérico frente a similares figuras orientales. Una escena como la del libro I de la *Ilíada* es inconcebible en tales literaturas.

Y Homero es tan sólo la refulgente aurora de la más espléndida jornada vivida por la humanidad. Tras él se despliega triunfante la civilización griega, en una variedad de formas que no tiene comparaciones en toda la historia, en todas las manifesta-

[21] A pesar de lo que dice al respecto Gordon, *op. cit.*, págs.7,14-16, 98-108 (*Omero e l'antico Oriente*), véase también, del mismo autor, *Homer and Bible*, N.J.,1955; poco documentadas son las exageraciones de Astour, *Hellenosemitica* [2], Leyde,1967. La función mediadora de los hititas y de Ugarit, sin duda muy importante, se realizó sobre todo entre el ámbito de la cultura cuneiforme y el mundo micénico. Permanece asimismo como dudoso el origen cretense de los filisteos, que en el siglo XIII se aposentaron en la región que de ellos recibió el nombre de Palestina.

ciones del pensamiento, de la poesía y el arte, de la vida social y de las ciencias. Incluso una simple alusión a ella requeriría una exposición demasiado larga. Pero téngase en cuenta que, en pocos siglos, la humanidad creó cosas que había ignorado durante milenios; que de los griegos parte el impulso que ha movido la civilización, por un proceso dialéctico de acciones y reacciones, en una dinámica que ha transformado todo; que aún hoy en día tras decenas de siglos, no es posible ignorar nada de cuánto los griegos han sentido, escrito, pensado o construido; que no hay al respecto campo del espíritu donde los griegos no hayan realizado creaciones de absoluta originalidad, dejando documentos que son manifiestamente insuperables y ejemplares, para siempre.

Todo esto es ya Homero.

CAPÍTULO SEGUNDO

HOMERO

VIDA Y OBRAS

La extraordinaria riqueza de noticias y el gran número de biografías llegadas hasta nosotros en torno al máximo poeta griego demuestran precisamente que los antiguos no tenían ningún conocimiento exacto sobre su patria y su vida. Las indicaciones de historiadores, eruditos y cronistas son tan sólo deducciones o tradiciones manifiestamente contradictorias por añadidura, mientras los difusos y numerosos detalles biográficos derivan de la elaboración fantasiosa, de carácter popular, de la leyenda que bien pronto se formó en torno a Homero. El significado de su nombre (Ὅμηρος, que aparece por primera vez en el frag.357 dudoso de Hesíodo; más tarde es llamado habitualmente, por antonomasia, "el Poeta") era ya incierto: "rehén" según algunos; "ciego", según otros, en el dialecto de Cumas eolia. En cuanto a su patria fueron muchas las ciudades (además de las siete tradicionales, y no solamente griegas) que pretendieron la gloria de haber sido lugar de su nacimiento. Una tradición difundida y antigua, conocida ya por Píndaro, lo hacía de Quíos (isla del Egeo frente a la costa lidia), donde existía en tiempos históricos una corporación hereditaria de aedos "Homéridas" que se vanagloriaban como descendientes del poeta. Otro tanto ocurre con las variadas e inciertas indicaciones sobre la época en que habría vivido. Según algunos, habría sido contemporáneo de la guerra de Troya (1184 a. de C., fecha tradicional de la toma de Troya); según otros, habría vivido sesenta, cien, ciento cuarenta o incluso cuatrocientos años después de los sucesos cantados por él. Además de esta cronología absoluta, se formuló también una cronología relativa en relación con Hesíodo, de quien, según diversas tradiciones, habría sido contemporáneo, o también más antiguo e incluso posterior. Las indicaciones más probables, no obstante ser también conjeturales, pueden quizá recabarse del historiador Herodoto, quien afirma (II,53) que Homero y Hesíodo, contem-

poráneos, habrían vivido alrededor de cuatrocientos años antes que él, por consiguiente hacia el año 850.

Entre las numerosas biografías podemos recordar la atribuida falsamente a Herodoto y una del seudo-Plutarco, además de otras diversas menos importantes. De tradición muy antigua es la *Contienda de Homero y Hesíodo*, atestiguada ya en un papiro del siglo III a. de C. y formada sobre un núcleo de leyendas populares probablemente del siglo V, según la cual, en un certamen poético establecido por Ganictor, rey de la isla de Eubea, en honor de su padre Anfidamante, Homero, cantor de guerras y destrucciones, era vencido por Hesíodo, que celebraba las obras del trabajo y de la paz. Habría sido luego sepultado en la isla de Ios, en donde todavía en el siglo II d. de C. se mostraba su tumba.

Las obras de Homero son:

1) *Ilíada* (Ἰλιάς), en 24 rapsodias (cantos, libros) con un total de 15.693 versos;

2) *Odisea* (Ὀδύσσεια), en otras tantas rapsodias y 12.007 versos.

Para las demás obras, atribuidas tradicionalmente al poeta, véase el capítulo III.

LA "ILÍADA"

La *Ilíada* es el poema de Ilión (propiamente la fortaleza de la ciudad de Troya en Asia Menor, poco distante de los Dardanelos, hoy Hissarlik), capital del reino de Príamo, que los aqueos, aliados bajo la dirección de Agamenón rey de Argos, expugnaron y entregaron a las llamas tras un asedio de diez años (1193-1184, según la cronología de Eratóstenes), para vengar la ofensa causada por Paris (Alejandro)hijo de Príamo, a Menelao, hermano de Agamenón y rey de Esparta, cuya mujer, la bellísima Helena, había sido seducida y raptada por el troyano. El más valeroso defensor de Ilión es Héctor, hijo de Príamo y esposo de Andrómaca. En el campo aqueo, además de Agamenón y Menelao, combaten Aquiles, rey de Ftía en Tesalia con su fiel compañero Patroclo; Ulises, rey de la pequeña isla de Ítaca en el mar Jonio; Ayante Telamonio y Ayante hijo de Oileo; Diomedes, y muchos otros héroes cuyo catálogo completo se encuentra en el libro segundo, el que nos presenta la geografía política de la Grecia submicénica, antes de la invasión doria.

La acción del poema, que tiene lugar en el año décimo del asedio, se halla distribuida en un período de cincuenta y un días en esta forma:

Libro I (Peste. Cólera de Aquiles): día primero a veintidós.

Libros II (Sueño. Catálogo de las naves) - *III* (Juramentos. Espectáculo del campo de batalla desde lo alto de las murallas. Duelo de Paris y Menelao) - *IV* (Violación de los juramentos. Purificación de Agamenón) - *V* (Hazañas de Diomedes) - *VI* (Coloquio de Héctor y Andrómaca) - *VII*, v. 420 (Duelo de Héctor y Ayante): día veintitrés.

Libro VII (v. 421 a final): día veinticuatro.

Libro VIII (Batalla interrumpida): día veinticinco.

Libros IX (Embajada a Aquiles. Súplicas) - *X* (Episodio de Dolón): noche del día veinticinco.

Libros XI (Hazañas de Agamenón) - *XII* (Combate en la muralla) - *XIII* (Batalla junto a las naves) - *XIV* (Engaño de Zeus) - *XV* (Nueva ofensiva de los aqueos) - *XVI* (Hazañas de Patroclo) - *XVII* (Hazañas de Menelao) - *XVIII* (v. 242): día veintiseis.

Libro XVIII (v. 243 a final: Fabricación de las armas): noche del día veintiseis.

Libros XIX (Fin de la cólera de Aquiles) - *XX* (Combate de los dioses) - *XXI* (Batalla junto al río) - *XXII* (Muerte de Héctor) - *XXIII* (v. 107): día veintisiete.

Libro XXIII (v. 108 a final: Juegos en honor de Patroclo): día veintiocho.

Libro XXIV (Rescate de Héctor): día veintinueve a cincuenta y uno.

LA "ODISEA"

La *Odisea* es el relato de las vicisitudes de Ulises en su regreso, tras la caída de Ilión, a su pequeña isla, y en la recuperación de su reino.

La narración es conducida en doble trama (las aventuras de Telémaco en busca de su padre y las aventuras de Ulises errante), que convergen con el retorno de ambos a su patria, donde tiene lugar la venganza, y según el esquema siguiente.

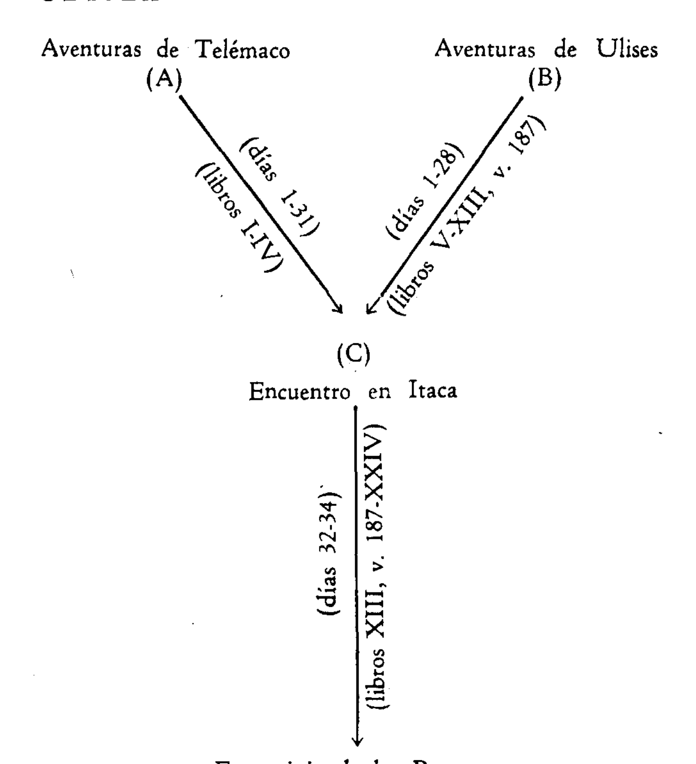
Los sucesos se distribuyen así en un período de treinta y cuatro días [22]:

Libro I (Concilio de los dioses. Exhortación de Atenea a Telémaco): A, día primero.

Libro II (Asamblea en Ítaca. Partida de Telémaco): A, día segundo.

Libro III (Sucesos en Pilos): A, días tercero-quinto.

[22] Admitiendo, como parece más oportuno, que *A* y *B* comiencen al mismo tiempo. Ahora bien, si se coloca, en cambio, la embajada de Hermes a Calipso (primer día de *B*) como contemporánea de la llegada de Telémaco a Esparta (sexto día de A), se tendría un número de cuarenta días.



Exterminio de los Procos.
Restauración del reinado de Ulises

Libro IV (Sucesos en Lacedemonia): A, días quinto y sexto (y siguientes hasta el retorno de Telémaco a su patria el día treinta y uno).

Libro V (La balsa de Ulises): B, días primero-veinticinco.

Libros VI (Llegada de Ulises al país de los feacios) - *VII* (Ulises en el palacio de Alcínoo) - *VIII* (Acuerdo de Ulises con los feacios) - *IX* (Relatos a Alcínoo. El Cíclope) - *X* (Éolo, Lestrigones, Circe) - *XI* (Evocación de los muertos) - *XII* (Sirenas, Escila, Caribdis, Vacas del Sol) - *XIII*, v. 187 (Partida de Ulises del país de los feacios y llegada a Itaca): B, días veintiséis-veintiocho.

Libros XIII, v. 187 - *XIV* (Conversación de Ulises con Eumeo) - *XV* (Llegada de Telémaco) - *XVI* (Telémaco reconoce a Ulises): B, días veintinueve y treinta.

Libros XVII (Vuelta de Telémaco a Itaca) - *XVIII* (Pugilato de Ulises con Iro): C, día treinta y dos.

Libro XIX (Coloquio de Ulises y Penélope. Reconocimiento de Ulises por Euriclea): C, noche del día treinta y dos.

Libros XX (Sucesos antes de la matanza de los procos) - *XXI* (La pro-

puesta del arco) - *XXII* (Matanza de los procos) - *XXIII* (Reconocimiento de Ulises por Penélope): C, día treinta y tres.

Libro XXIV (Tregua): *C, día treinta y cuatro.*

EL ARTE DE HOMERO

La materia de los poemas, de los que hemos dado tan sólo un brevísimo resumen, muestra su mundo social, ético y religioso; la variedad de sentimientos, de pasiones e intereses que inspiran al poeta; la poderosa y coherente caracterización de los personajes; la maestría de la estructura, y la simplicidad de la exposición.

Este mundo es el de las cortes feudales de la época denominada "medievo griego" (Introducción, pág. 18), de los soberanos que se presumían descendientes de los héroes de la gesta troyana con la que conectan sus títulos de nobleza y legitimidad dinástica. Pero este momento, el más brillante en esplendor de la épica, es también aquel en que dicho mundo está por ceder frente a otras fuerzas que impulsan la creación de nuevas formas de organización social y política, como se observa asimismo en la poesía, poco lejana cronológicamente, de Hesíodo y de los primeros líricos.

El poderío aqueo está ahora disuelto; y los últimos herederos de aquella tradición proponen sus méritos y glorias a la memoria de la posteridad con una enseñanza nostálgica que recuerda, cuando ya la Hélade se halla reducida a un conglomerado de pequeños estados discordes y rivales, la época gloriosa en que todo el país, concorde bajo la dirección de los poderosos soberanos aqueos de Micenas, de Argos y Esparta, se movilizó compacto para vengar la ofensa causada a uno de ellos.

La función de estos cantores épicos, ornato de las ricas cortes feudales, es continuación de la de una larga línea de predecesores, de aquellos que, en el propio epos homérico, aparecen como contemporáneos de las empresas por ellos celebradas, como el aedo Demódoco en la corte de Alcínoo; de aquellos que refieren antiguas empresas de dioses y de héroes, como Femio en la corte de Ulises; o incluso de aedos no profesionales, como el propio Aquiles, que, acompañándose con la cítara, canta "las gestas de los héroes".

Homero, pues, es el heredero y continuador de una tradición poética, que llega hasta él, establecida no sólo en los argumentos sino, en parte, también en los modos del canto. En cuanto al tema, además de numerosas alusiones a diversas y más antiguas gestas gloriosas cantadas por antiguos aedos, como la expedición de los Argonautas, la guerra de Tebas, las empresas de Heracles, Belerofonte, Meleagro, etc., es manifiesto que Aquiles tesalio y Ulises jónico-peloponesio eran los héroes de antiguas sagas loca-

les, que sólo más tarde fueron utilizados en la gesta troyana (al llegar a ser ésta la más importante por razones políticas y dinásticas), hasta incluirse entre los grandes protagonistas de ella, junto a héroes propios de su leyenda, como Agamenón, Menelao, Néstor y otros. Esta promoción, por así llamarla, derivaba del hecho de que probablemente aquellas sagas locales, ya ampliamente celebradas y difundidas, habían asumido importancia casi nacional.

Asimismo la estructura actual de los poemas permite claramente entrever los estadios de una prolongada elaboración que, comenzando en lejanos aedos de las primeras canciones de gesta, encuentra su forma definitiva en los poemas. Sin embargo, a pesar de muchas y agudas investigaciones, es imposible hasta ahora definir cómo estaría estructurada dicha temática. Tales investigaciones, por otro lado, habitualmente no tienen en cuenta lo que puede hacer la intervención de un genio, con una materia tradicional y una estructura primitiva.

A terreno mucho más concreto conducen la métrica, con la técnica formularia, y la lengua. El hexámetro épico, con las numerosas variedades (treinta y dos) permitidas por las sustituciones y las cesuras, parece, por su propia estructura, ser el último estadio de una larga evolución, de la que sin embargo es difícil establecer el origen y las fases. Es muy probable que el verso "largo", un verso de arte adaptado a la recitación, resulte de la soldadura de elementos métricos más simples, que, a su vez, estaban quizá fundados en un principio rítmico (mediterráneo, prehelénico) diverso del principio isocrónico de la métrica "jónica". Estos elementos métricos primitivos constituirían las partes en las que las diversas cesuras dividen el hexámetro. Los vestigios de la adaptación de estos esquemas simples al ritmo del complejo hexámetro son visibles en algunos fenómenos, productos precisamente del paso al sistema isocrónico, como, por ejemplo, la necesidad de alargar la primera (o la segunda) en una serie de tres (o cuatro) breves. Como quiera que sea esta larga y difícilmente reconstruible prehistoria del hexámetro, es claro sin embargo que la adaptación a la métrica isocrónica fue efectuada por los aedos jonios que dieron a la temática épica tradicional la "facies" jónica, en la fase que precede inmediatamente a Homero.

Otro resto de lo que podremos llamar el sustrato homérico es la técnica formularia que la investigación moderna ha descubierto en Homero, es decir, los epítetos fijos y estereotipados para cada dios y héroe y para muchas cosas (armas, naves, vocablos, etc.); las fórmulas recurrentes en determinadas partes del hexámetro (las cuales a su vez condicionan la extensión de la fórmula) y que, especialmente en la parte final, conservan verdaderos "fósiles" lingüísticos; los versos enteros repetidos exactamente o adaptados con pocas variantes, que caracterizan las acciones más

comunes, situaciones y descripciones (abrir y cerrar un discurso, responder, colocarse las armas, dar banquetes, orar, sacrificar, morir, etc.; aurora, crepúsculo, noche, tempestad sobre el mar, etc.); y la repetición íntegra, en fin, de grupos de versos, cuando la persona que transmite el discurso lo refiere, tal cual lo ha escuchado, a aquel a quien está destinado. Son medios y procedimientos éstos que revelan la naturaleza de esta poesía que, en sus lejanos orígenes, fue poesía oral recitada (con acompañamiento de cítara que sostenía el ritmo del verso: "paracatalogé"), por largo tiempo transmitida por vía oral, incluso después de haber sido fijada por la escritura, y en este modo difundida, al lado de la transmisión escrita, por todo el mundo griego, hasta casi el final de la época clásica (recitaciones homéricas son atestiguadas en Egipto aún en el siglo III d. de C.).

Esta técnica es ciertamente arcaica y prehomérica, herencia de los primeros cantores épicos que ahora podemos llamar "micénicos"; y muchos indicios muestran que Homero, aun acogiendo esta herencia congénita con la antigua poesía, fue quien limitó su uso empleándola con mesura y sentido artístico, en donde radican los valores más propiamente musicales (ritmo de cadencia, de palabras, de versos) y poéticos (posibilidad de identificar, de manera vívida y plástica, personas, hechos y situaciones por medio de las repeticiones). Pero en torno a esta técnica formularia, cuya importancia y la de su correspondiente descubrimiento nadie puede dejar de valorar, se han formado, o mejor dicho preformado, dos equívocos que requieren una breve aclaración.

Por haberse encontrado esta técnica, con formas y frecuencia parecidamente iguales, en gran parte de la poesía llamada popular recitada (la mayoría en países eslavos), es preciso hacer una neta distinción entre la técnica formularia homérica y la técnica iterativa de esta poesía en su mayor parte anónima. En ésta se trata de un procedimiento casi constante de composiciones de escaso valor artístico, que repite o se repite porque no sabe hacerlo de otro modo; en cambio los poemas homéricos muestran, a cada paso, que el poeta, aun empleando una técnica arcaica cuyos valores siente y conserva, la conmensura ante todo, como hemos dicho, con sentido artístico. Cuanto más original y poderosa se hace la inspiración, más se supera aquella técnica en una variedad de expresiones y en una perfección estilística que son algo nuevo en la poesía mundial. La misma distinción, a su vez, ha de hacerse respecto a la producción "poética" del cercano Oriente (egipcia, acadia, ugarítica, hitita, fenicia, aramea, etc.), cuyos recientes descubrimientos han ampliado mucho su conocimiento o, a veces, descubierto su existencia. Es, sin duda, ésta de extraordinaria importancia histórica y cultural, pero que, como los orientalistas más equilibrados son los primeros en reconocer, es en

general de escaso valor artístico y en nada parangonable con la poesía homérica. Las fórmulas, las frases, los modos de decir que en Homero resuenan de manera similar a expresiones de esta producción, de carácter, por lo demás, áulico y de estilo cancilleresco, en una coincidencia que podemos hoy atribuir sin duda a remotos contactos históricos a través de la expansión aquea de los siglos XV-XIII al cercano Oriente, muestran precisamente la originalidad profunda de la poesía homérica y la enorme diferencia que la separa de todo cuanto el Oriente antiguo había producido, excepto, y sólo en cierto aspecto, algunos libros del *Antiguo Testamento.*

Otro frecuente prejuicio a propósito de la técnica formularia es que se halle necesariamente ligada a la propia creación poética, es decir, a la improvisación o "composición oral" (como es llamada por la escuela americana), a la que habría ofrecido una valiosa ayuda mnemónica en la composición, suministrando frases, versos y trozos dispuestos para un cómodo y casi automático empleo. Si esto es posible —y siempre en sentido muy relativo— en la llamada poesía popular, en razón de su modesto valor artístico, del mismo modo que incluso en tiempos recientes, los cantadores "improvisan", aunque en realidad recitan sus cantilenas después de haberlas escrito; si es posible, asimismo, que en ese género de poesía sean transmitidos y recitados con fidelidad incluso muchos millares de versos, todo ello no puede servir para demostrar el origen improvisado mnemónico de la poesía homérica, dada la perfección de su arte y el esplendor de su forma. Nadie que tenga sentido de lo poético podrá jamás pensar seriamente que un adeo haya "improvisado" no ya poemas enteros con su estructura, personajes y episodios, sino partes consumadas como la despedida de Héctor y Andrómaca, el encuentro de Ulises con Nausícaa, la muerte de Héctor o la embajada de Príamo. Justamente la recitación es fundamento de demostración de la existencia de textos escritos, en su origen, aunque en número muy limitado de ejemplares, que fueron base de la recitación. Si ya algunos siglos antes de Homero fueron escritos los poemas babilonios e hititas, en ladrillos y mediante caracteres cuneiformes, que no es seguramente una práctica cómoda de escritura; si fue usada la arcilla en Cnosos, Pilos y Micenas para documentos en la lineal A y B; si ya desde el tercer milenio los egipcios escribían sobre papiro, y se certifica en Creta el uso de la escritura por medio del entintado (sobre cuero, papiro o terracota), nada por tanto impide creer —y la razón de la poesía más bien lo exige— que los poemas hayan sido fijados por medio de la escritura desde su composición. Además, es hoy evidente que Homero es totalmente distinto al poeta "bárbaro", "primitivo" e "inculto", que pretendía el mito de Vico, de los románticos, de los tenaces sostenedores de la poesía "popular" y "anónima". Sabemos

hoy que Homero es un poeta culto y "cortés", que tuvo sus predecesores y sus "fuentes" en una larga tradición de la que él solo ha sobrevivido y precisamente porque la ha superado con una *suprema perfección artística*. El hecho de que después la recitación mnemónica haya ampliado o modificado en alguna parte el texto original, influyendo a su vez en la transmisión, es aspecto que pertenece a la historia de la tradición.

Asimismo la lengua, en fin, aparte de sus valores expresivos y artísticos, es un documento valioso sobre los orígenes y fases del epos, de los que ofrece como una estratigrafía, pues en su variedad y aspecto de composición refleja precisamente los períodos a través de los cuales, en la Grecia protohistórica, surgió el canto épico, se perfeccionó y quedó al fin fijado. Como se ha dicho autorizada y exactamente la lengua es una creación del metro, el que condiciona la expresión, sugiere la elección entre morfemas de significado similar pero no equivalentes métricamente, de que el poeta puede disponer, decide sobre el empleo de la digamma y sobre el tipo de las fórmulas, y modifica, en fin, asimismo los morfemas para adaptarlos a propias exigencias. Resulta así una lengua poética, pero mucho menos artificial y alejada del uso que como antes se creyera; por el contrario, hay quien piensa al respecto que fuera una lengua viva, que heredaba los elementos fundamentales de la mezcla dialectal de una lengua común (la primera "koiné" griega), conformada alrededor del siglo xv en Creta y el Peloponeso, la que era ya una mezcla de protojonio y de eolio, es decir el "micénico" [23].

El estrato más antiguo de la lengua homérica está constituido precisamente por vocablos y morfemas que en un tiempo fueron llamados "eólicos" y que, documentados hoy en los textos de la lineal B de Pilos, Micenas y Cnosos, evidencian ser por consiguiente "micénicos", como justamente así van siendo hoy llamados. Para dar algunos ejemplos, encontramos el genitivo singular de la segunda declinación *-ojo* (= homérico *-οιο*), el genitivo singular masculino de la primera declinación — ᾱω y el genitivo plural -ᾱων, el sufijo-desinencia -φι, el patronímico en -ιο, etc., o bien palabras características como αἰχμή, ἄναξ, δέπας, ἔγχος, ἰητήρ, κόρυς, κύπελλον, πτόλεμος, τέμενος, φάσγανον, entre otras. Tales coincidencias son *tanto más significativas* cuando se piensa en la naturaleza totalmente diversa de los textos, por un lado una lengua de arte elaborada y culta cual es la homérica, y por otro simples listas documentales de registros de archivos. Este fondo lingüístico explica sin posibilidad de duda que el micénico (afín al arcadochipriota) fue *evidentemente* la

[23] En cuanto a la posición del micénico en el cuadro de la dialectología griega, véase lo dicho en págs. 30-31.

lengua de las primeras canciones épicas, con las que cantores aqueos, entre los siglos XV a XIII, celebraron las gestas de sus héroes y las leyendas divinas, lo que sucede concretamente en el mundo micénico, es decir, en el Peloponeso occidental.

Reconocidos como micénicos muchos elementos tenidos antes genéricamente como "eólicos", queda sin embargo un número notable de hechos "eólicos", aunque una reciente teoría, demasiado radical, sostiene que se debe excluir del epos todo elemento eólico, considerándolo un genérico elemento "arcaico". Pero una apreciación equilibrada no puede compartir esta posición extrema. Quedan "eolismos", si bien en número más limitado que en momentos en que se denominaba "eólico" todo lo que no encuadraba en la "facies" jónica del epos, y deben incontrastablemente considerarse así hechos como los siguientes: el trato característico de los grupos –sm–, –sn– (en las formas ἐρεβεννός, φαεννὄς, ἔμμεναι, ἄμμε, etc.), la baritonesis de ἄμυδις, ἄλλυδις, etc., así como la desinencia del dativo plural de la tercera - εσσι de nombres atemáticos, los infinitivos en - μεν y en - μεναι y algunos otros. Ciertamente constituye una máxima dificultad la sistematización histórica de tales eolismos, cuando aparece hoy muy problemática la existencia de una epopeya eólica. Pero si, como parece seguro, alrededor del siglo XV se hallan presentes en el Peloponeso elementos eólicos provenientes de la Tesalia, donde se funden incluso lingüísticamente con los jonios preexistentes, y si los eolismos épicos son más antiguos que la migración eólica a Asia, pueden dar cuenta estos dos hechos, aunque no sea de manera del todo clara y suficiente, de la presencia de eolismos en Homero como vestigios precisamente de tal fusión en el Peloponeso. Pero hoy todo ello está aún sumamente sujeto a indecisión y cautela, y mientras prevalece la tendencia a aproximar el arcadochipriota más bien al jonio que al eolio, no faltan autorizados defensores de una estrecha afinidad entre el arcadochipriota y el eolio.

Con la gran migración jónica (iniciada desde algunos siglos antes, de diversos lugares, y concluida hacia 1100-1000 a. de C.) dicha materia épica micénica pasó al Asia Menor[24], donde las

[24] La hipótesis de que esta materia haya pasado a Jonia no directamente sino por contactos con Chipre, en donde se mantuvo la civilización aquea hasta el siglo XI cuando ya había sido destruida por los dorios en Grecia continental, a pesar de ser compartida por muchos no nos parece necesaria y no sería suficiente para justificarla la existencia del poema cíclico *Cipríada.* Ha de entenderse también con muchas reservas la desolación que habrían producido los dorios y los relativos "siglos oscuros". Nada impide creer que en el propio Peloponeso dorizado se haya mantenido la tradición del canto épico, al que hayan podido contribuir los mismos dorios con sus leyendas (Hércules, por ejemplo).

canciones de gesta asumieron la "facies" jónica que es la dominante en Homero. Toda la tradición concorde, salvo excepciones no apreciables, sitúa precisamente la patria de Homero en la Jonia de Asia continental o insular. Allí, por consiguiente, se efectúa, como hemos señalado, la adaptación de los antiguos esquemas métricos al sistema isocrónico jónico, y el epos adquiere el aspecto lingüístico que constituye su tercero y general estrato, y se va liberando de la embarazosa técnica formularia primitiva. Asimismo allí el epos se hace "troyano", absorbiendo en la celebración de la gesta más famosa (la destrucción de Troya VII-a [25], que constituía la última y mayor empresa de la expansión aquea) las diversas leyendas elaboradas en las canciones de la época micénica y muchos héroes, incluso entre los principales, que en su origen le eran extraños. Se opera esto por obra de una serie de poetas, de los cuales el más grande, el creador de los poemas, dejó en el olvido la obra de los predecesores, de quienes había heredado el lenguaje, la técnica y el tema, pero conformando con ello, por primera vez, una creación de insuperable altura poética. Allí es donde, en fin, los griegos reaprendieron la escritura, pero esta vez adaptando y vocalizando el alfabeto acrofónico fenicio, y los poemas, desde su composición, fueron confiados a ella, en el papiro ya quizás conocido por los cretenses y, después, por los aqueos que habían aprendido su uso (y también su nombre: βύβλος/βίβλος, πάπυρος) de los fenicios a través de los establecimientos comerciales en Chipre, Biblos y Ugarit.

El último elemento lingüístico de los poemas está constituido por un pequeño número de "aticismos", sobreestimados en la antigüedad por Aristarco (quien, por ello quizás, hacía a Homero ateniense) y modernamente al atribuírseles una redacción ática. Se consideran hoy limitados a fenómenos de naturaleza ortográfica, introducidos relativamente tarde en los poemas, en la época de Pisístrato, cuando la edición ateniense, última de una larga serie de ediciones "políticas", llega a ser la más autorizada y difundida de las ediciones homéricas como efecto de la importancia política y cultural que Atenas venía adquiriendo.

Estos son los precedentes, los modos y medios del canto, que hemos señalado conforme a los puntos de vista más recientes derivados de la interpretación de la lineal B, que asimismo es necesario conocer para colocar al poeta en su verdad histórica, pero

[25] Hoy se considera la destrucción de Troya como un hecho de segura historicidad. La ciudad homérica se identifica casi de manera unánime con el estrato arqueológico Troya VII-a; pero la fecha tradicional de Eratóstenes (1184/3) se ha anticipado a los primeros decenios del siglo XIII (que era casi la cronología de Herodoto, II,145), dado que a fines de dicho siglo es abatido el propio poderío de los aqueos por los dorios.

no existe en ellos todavía el arte, es decir, la grandeza y la originalidad de Homero. Porque Homero, como todo verdadero poeta, parte de esta tradición, pero para superarla y llevarla a donde no habría llegado sin intervención del genio. En primer lugar en la concepción y estructura de los poemas, en que se revela ya el poder de un ingenio que, sólo en la unidad de la inspiración (épica, para utilizar un término tradicional), manifiesta la medida de una fantasía variada y soberana. En la *Ilíada*, en efecto, la acción y estructura son lineales, directas, precisas, centradas en torno a un motivo único y fundamental que es la "cólera" de Aquiles, centro motor de todo el poema, hasta la muerte de Héctor, en la cual está prefigurado el fin de la ciudad misma de la que es su baluarte, sin que el poeta tenga necesidad de narrarlo. Así, entre pausas y digresiones sabiamente alternadas, la acción transcurre hacia su término con gradación de intensidad siempre creciente, hasta la espléndida e implacable crueldad del combate singular final y del escarnio infligido al cadáver del héroe vencido. Pero el poeta purifica incluso y redime esta ferocidad con la piedad del vencedor que llora frente al anciano suplicante, padre de la víctima. El poeta, en su profunda humanidad, supera el odio entre aqueos y troyanos, entre vencedores y vencidos, mira también al enemigo con simpatía conmovida y los asocia en la misma gloria, en la perenne gloria de su canto. Por ello, el poema no es solamente el poema de Aquiles. Con feliz intuición psicológica y con inmenso efecto poético coloca enfrentados dos héroes, del mismo modo aunque diversamente grandes, exaltando en el uno el bárbaro y primitivo ímpetu guerrero de los aqueos conquistadores, y celebrando en el otro el valor moral del sacrificio consecuente por la patria, del que Héctor quedará como símbolo en la poesía hasta la magnífica reevocación foscoliana. En esta creación se revela también la profunda originalidad de Homero, quien, si tuvo sin duda predecesores en los cantores de gesta que celebraron las empresas de Aquiles y de los demás héroes aqueos, fue el primero y único en crear, con la lucha entre Aquiles y Héctor, el verdadero interés humano y poético de la *Ilíada*.

La estructura de la *Odisea* se manifiesta aún más sabia, admirablemente adaptada al tema, que es el prolongado peregrinar de Ulises en el regreso de Troya a su Ítaca. El héroe es aquí uno solo, Ulises, también valeroso combatiente, pero su bravura se explica bajo el signo de la inteligencia, personificada en su constante protectora, Palas Atenea. No se trata ahora de enfrentar enemigos en campo abierto, de dar pruebas de valor guerrero, sino de superar las infinitas insidias y aventuras de un fabuloso viaje, en el que reviven ciertamente las experiencias de los primeros navegantes mediterráneos, los cretenses a quienes quitaron los aqueos el dominio del mar. Fábula y realidad, recuerdos

antiquísimos y ficciones poéticas forman la trama del magnífico relato. Ulises sale incólume de todas las pruebas, de todos los peligros, por la cualidad característica de su personalidad, que es la astucia inteligente y pronta, el ingenio que prevalece sobre toda adversidad, que triunfa donde el brazo nada podría, frente a la seducción de las sirenas, contra la ferocidad brutal del Cíclope o en la lucha desigual contra los procos. Siguiendo a su héroe, la acción de la *Odisea* es toda ella un continuo e imaginario vagar, que el poeta estructura sobre dos líneas convergentes: las aventuras de Telémaco en busca de su padre y las aventuras de Ulises desde la isla de Calipso hasta su llegada a Ítaca. Pero incluso este esquema es variado con una innovación felicísima, pues las aventuras del héroe desde la Tróada hasta la isla de Calipso son narradas por el propio Ulises en su estadía junto a los feacios. Es ésta una detención, tanto del héroe como de la acción, llena de fantásticas vicisitudes, tras la cual el poeta, retomados los hilos en una línea única con el encuentro del padre y del hijo en Ítaca, procede seguro y directo de aquí en adelante hasta el final. Ulises recobra a su mujer, su casa y su patria, ilusión ésta continua y nostálgica que lo había consolado y animado en su prolongado errar, en cualquier situación, incluso en los brazos de una diosa o en el espléndido palacio de los feacios, siempre soñando con encontrar el afecto de Penélope asediada y fiel, de volver a ver elevarse a lo alto el hilo de humo desde su pequeña casa, de regresar a su áspera Ítaca. Su propia ansia de errar y ver siempre nuevas tierras y nuevas gentes, su inquieta curiosidad de navegante, es la que le hace, en su recuerdo, más nostálgico y más dulce su pequeño mundo perdido.

Héctor, Aquiles y Ulises son las tres grandes creaciones poéticas en las que el poeta manifiesta la dimensión de su genio poderoso y variado. Pero asimismo las figuras menores, si así puede llamárselas, son tratadas con la misma seguridad y eficacia, aunque sea concisamente, como la sabiduría persuasiva y locuaz del anciano Néstor, el valor intrépido y testarudo de Ayante Telamonio, la jactancia altanera de Agamenón, la furia salvaje de Diomedes, la atrevida presunción de Paris, la astuta vileza del deforme Tersites, la digna realeza de Príamo, la devota fidelidad de Eumeo, el afectuoso y consagrado servicio de la nodriza Euriclea o el juvenil y sin embargo prudente valor de Telémaco. Cada héroe, cada figura tiene su nota propia, su personalidad, y todas testimonian la rica y profunda humanidad del poeta. En virtud de ella no es sólo el cantor de "batallas resonantes" y de la "areté" guerrera, que en su mundo aristocrático se coloca precisamente como el más elevado ideal, sino que hace objeto de poesía la vida entera, en sus infinitos aspectos. Considérese, como ejemplo, la parte otorgada a la mujer en este áspero y rudo mundo de

guerreros: la ternura de la madre divina conocedora del breve y glorioso destino del hijo, la humana aflicción desesperada de Hécuba ante el cadáver de Héctor, el dulcísimo amor de Andrómaca, la tenaz fidelidad de la prudente Penélope, explicablemente dudosa sin embargo a veces, el ingenuo y purísimo sueño de Nausícaa, el experto amor de Calipso, las mágicas seducciones de Circe y la refulgente belleza fatal de Helena. Pero incluso la tierra no le basta a su inspiración. La fantasía domina soberana y descubre nuevos mundos a la poesía, como el de los dioses, inmortales, felices y omnipotentes pero también ellos con sus pasiones, que socorren, persiguen y engañan a los hombres inspirándoles pensamientos, dirigiendo sus acciones y asumiendo su aspecto, y también las disputas entre ellos, los risibles engaños y las luchas de hombres contra dioses; así como el oscuro mundo de los muertos, monstruos fabulosos y animales parlantes, prodigios, sueños y encantamientos. Todo ello quedará para siempre en el "aparato" épico, pero decayendo pronto en lo artificioso y convencional, en tanto que aquí posee la frescura de la novedad y de la invención.

Esta temática vive en el milagro de un arte que de cualquier cosa hace poesía, de manera natural. La poesía lo transfigura todo, no sólo la leyenda antigua revestida de nueva belleza, el ideal heroico velado de nostalgia o la fábula nueva ornada de sugestiones de lo maravilloso, sino la naturaleza entera, la tierra de los mortales, el mar infinito y el cielo de los dioses. La realidad, la vida, las cosas, hasta las más simples, irrumpen en este mundo: las armas que resuenan lúgubremente con el estrépito del cuerpo que cae, las palabras que salen del cerrado claustro de los dientes y vuelan aladas por el aire, las tinieblas que velan los ojos cuando las rodillas se desarticulan con la muerte, las mujeres de largo peplo y los héroes de hermosas grebas, las naves equilibradas y veloces y los caballos solípedos, la aurora que tiñe de rosa el cielo matutino y la última luz que se detiene en el surco del camino. Todo en una precisión absoluta, expresado con una sensibilidad límpida y cuidadosa; cada cosa con su connotación característica que es ya de por sí poesía en cuanto aprehende e ilumina su esencia y la fija en una imagen que funde admirablemente la subjetividad de la representación con la nitidez de la visión. El estilo alcanza sus efectos más intensos en las comparaciones merecidamente famosas, en donde la imagen, ya poéticamente válida en sí misma, adquiere un nuevo realce al transferirse sobre un plano de experiencia común y de observación directa que, a su vez, reverbera sobre la imagen inicial para precisarla y completarla, y en la resultante poética se sobreponen y potencian con efectos nuevos los caracteres de una y otra. Todo sirve para estas comparaciones homéricas, toda la realidad en sus

innumerables formas, como cuando, para expresar la inamovible firmeza de Ayante acosado de enemigos, el poeta, después de parangonarlo con el tostado león rodeado de pastores con tizones encendidos, introduce de golpe luego (*Ilíada*, XI,548-557) una nueva comparación con otro animal tan poco heroico como es el asno, que plantado en medio de un campo para comer las mieses no se mueve, a pesar de estar bajo una granizada de golpes, hasta que se ha saciado plenamente. La indiferencia testaruda y casi insensible del asno, humilde animal de albarda y carga, retrata admirablemente la heroica obstinación de Ayante y en nada le quita su grandeza, sino que más bien la hace más creíble al transportarla al plano de una realidad por todos conocida y apoyarla con un dato de experiencia directa.

Así en la onda armoniosa y fluida del hexámetro de Homero nace por primera vez al mundo la poesía. Grandiosidad de argumentos y simplicidad de estructura; creación de figuras inolvidables realizadas todas en una perfecta realidad poética y cada una con su personalidad definida y constante aun dentro de la variedad de sus actitudes; fuerza de pasiones y ternura de afectos; limpidez absoluta de la visión y transfiguración fantástica de lo real; icasticidad de las imágenes y habilidad de pasos y gradaciones; observaciones psicológicas y descripciones de objetos, solemnidad destacada del tono épico y simpatía íntima del poeta; presencia activa de los dioses y consciente dignidad humana; gozosa entrega a la narración y vigilante sentido de la mesura; adhesión a la tradición y libertad soberana del artista. Y, sobre todo, el encanto de este radiante y puro amanecer poético de la humanidad, el sentido de frescura originaria de las cosas y el respiro libre de vastos horizontes luminosos, la plenitud poderosa de vida que circula por doquier y la revelación de una nueva y suprema conquista humana para siempre.

LA CUESTIÓN HOMÉRICA

La más antigua y más importante entre las muchas "cuestiones" que encontraremos de aquí en adelante, la "cuestión homérica", surgió de las tentativas de encontrar respuesta a las siguientes preguntas:

1) ¿Cuándo, dónde y cómo se compusieron los poemas homéricos?

2) ¿De qué modo fueron transmitidos?

3) ¿Pueden ser atribuidos ambos a un único y mismo poeta?

4) ¿Existió históricamente el poeta (sea autor de sólo la *Ilíada* o de ambos poemas) a quien la tradición da el nombre de Homero?

Algunas de estas dudas (especialmente la del punto 3) se les habían ya presentado a los propios griegos en el siglo IV a. de C., al surgir la crítica filológica. Hasta ese momento Homero era considerado el autor no sólo de los poemas, sino de todo el "corpus" de obras atribuido tradicionalmente a él (véase el cap. III); y las diversas leyendas que indicaban como patria de Homero a muchas ciudades del mundo griego derivaban no del espíritu crítico sino de la ambición de atribuirse como ciudadano al más grande poeta griego. Asimismo las inseguras tentativas respecto a la cronología (véase más arriba) proceden naturalmente de la falta de un dato seguro y objetivo. Tras alguna duda de Herodoto relativa al *Ciclo* fue con los llamados "separatistas" (χωρίζοντες) Xenón y Helánico, contemporáneos de Aristarco (alrededor de 217 a 145 a. de C.), con quienes, por la observación de "incongruencias", de hechos y diferencias estilísticas, se llega a considerar a la *Odisea* como más reciente que la *Ilíada* e imposible, por ello, de atribuirla a Homero. Pero contra estas voces aisladas prevaleció la gran autoridad de Aristarco con una obra contra lo que él llamaba la "paradoja" de Xenón. Más tarde, en el anónimo autor de *Sobre lo sublime*, aparecen conciliadas las dos tesis al considerar compuesta la *Ilíada* en la juventud y la *Odisea* en la ancianidad del poeta.

La "cuestión homérica" no volvió a resurgir hasta después del Humanismo italiano con la reconquista del espíritu crítico y precisamente como consecuencia del estudio de los antiguos. Tras las alusiones esporádicas de algunos autores del *cinquecento*, llegan a madurar (sobre todo por la comparación de Homero, considerado poeta tosco y vulgar, con Virgilio, celebrado como poeta culto y elegante) las *Conjectures académiques sur l'Iliade*, de François Hédélin, abate D'Aubignac, compuestas en el año 1666 pero publicadas póstumamente en 1715, en las que se sostenía que los poemas, con sus incongruencias, ingenuidades e imperfecciones eran tan sólo un conglomerado, sin valor literario, de cantos populares. Quedaba así destruido el mito de Homero.

De más profundos presupuestos históricos y filosóficos partieron, en cambio, las especulaciones que condujeron al gran Juan Bautista Vico (1668-1744), a su *Discoverta del vero Omero*, en el libro tercero de su *Seconda Scienza Nuova* (editada en 1744). Considerando a Homero como documento histórico de la antiquísima civilización griega, llega a las siguientes conclusiones:

1) Homero no existió como persona histórica;

2) Es imposible atribuir los poemas a una misma persona;

3) Los poemas se formaron de partes debidas a autores diversos, que vivieron a lo largo de todo el período "heroico" (poligénesis).

Pero la cuestión asume un carácter propiamente filológico con la obra *Prolegomena ad Homerum* (1795) del alemán Federico Augusto Wolf, quien, quizá sin conocer a Vico pero, de cualquier modo que sea, utilizando observaciones e intuiciones de otros estudiosos, entre ellos de su maestro Heyne, formuló por primera vez un sistema de los orígenes sobre una rigurosa documentación histórico-filológica, partiendo de la base (verdadera en su tiempo) de que la escritura no era conocida en la época de Homero.

Deducía, por ello, que los poemas, compuestos alrededor del año 950, fueron por largo tiempo transmitidos por aedos y rapsodas por vía oral y de memoria hasta que llegaron a fijarse por medio de la escritura en Atenas, en la época de Pisístrato (560-517 a. de C.). Durante estos cuatro siglos los poemas estuvieron abiertos a modificaciones, inserciones y corrupciones, que cesaron ya como efecto de la actividad filológica de los alejandrinos.

Aunque el argumento fundamental de Wolf: la falta de escritura en tiempos de Homero, haya resultado desde hace tiempo inexacto, y especialmente hoy a la luz de los recientes descubrimientos (véase Introducción, pág. 17), queda como mérito de Wolf el haber demostrado la indivisible conexión que une la cuestión de la composición con la de la transmisión de los poemas, pues si pudiéramos, en efecto, remontarnos hasta la fase inicial en la historia de la transmisión oral y escrita, quedaría resuelto asimismo el problema de los orígenes. Wolf, por consiguiente, es justamente considerado el instaurador del método histórico-filológico.

De las investigaciones de Wolf parte toda la siguiente crítica homérica que, más de un siglo, ocupó a estudiosos de las principales naciones y particularmente de Alemania. Es una sucesión de teorías, a través de adhesiones, modificaciones y reacciones que se entrecruzan en una larga historia, de la que recordaremos las principales etapas, que hoy, en su mayoría, tienen solamente un valor histórico y documental.

En 1831, Hermann enuncia la teoría según la cual los poemas fueron el resultado de sucesivos desarrollos en algunos núcleos primitivos, mediante interpolaciones e inserciones bajo las que son reconocibles la *Ilíada* y la *Odisea* originarias, obra de un poeta único. El más riguroso y coherente entre los analistas de la escuela wolfiana fue Lachmann, quien, basado en estudios sobre la epopeya nacional germánica, aplicó su docta y aguda crítica a los poemas (1847), en los que veía, por lo contrario, la yuxtaposición de cantos originarios separados e independientes, "anónimos" y "populares" como exigía la concepción romántica de la poesía. Este proceso explicaba también las incongruencias y desigualdades. Pensaba él poder incluso individualizar y precisar, a través del examen, los cantos primitivos de la *Ilíada* (a la

cual, y solamente hasta el libro XXII, pudo dedicar su investigación). Kirchhoff, en cambio, con su teoría "compilatoria" pensó en poemas épicos relativamente breves, autónomos y completos, luego reunidos en los dos grandes poemas (1859); la *Odisea*, por ejemplo, sería el resultado de tres poemas originarios: una *Telemaquia*, un *Nostos* de Ulises y las "empresas del héroe" en la recuperación de su reino. Fick, convencido de la existencia de un originario epos eólico, mecánicamente "jonizado" después, rehizo en eolio ambos poemas (1883-1886) sin parar mientes en graves arbitrariedades para lograr la presunta forma lingüística primitiva de los poemas.

Contra estas tendencias, que en diversas formas destruían la persona y obra de Homero, reaccionaron los unitarios, quienes admitieron en los poemas tan sólo breves interpolaciones que no afectaban su unidad. Finalmente no han faltado defensores de los derechos de la poesía al propio tiempo que de la tradición, que sin embargo han dado pruebas de escaso sentido histórico, pues justamente la poesía, en efecto, junto con la tradición del texto, es la que denuncia evidentes interpolaciones, por poco importantes que sean. Predomina hoy, por último, la tendencia "neounitaria" de quienes, separando la *Ilíada* de la *Odisea*, atribuyen a un diverso poeta cada poema (de unidad fundamental, aunque no sin inserciones y agregados). Todas estas teorías, con numerosas gradaciones, fueron sistematizadas con referencia a los límites de tiempo que van desde el siglo x al vi, a. de C., es decir hasta la época de Pisístrato, y se fundamentan en la sostenida imposibilidad de atribuir a un poeta único las dos obras, a causa de las diferencias de carácter estructural, lingüístico, social, ético y religioso, que parecen postular entre los poemas un espacio de tiempo variable pero de cualquer forma notable, necesario para explicar tales diferencias como resultado de una evolución.

Resulta difícil decir cuánto de estas impresiones deriva más bien de preconceptos y lo que resiste a una crítica objetiva. Es probable, por ejemplo, que muchas de tales diferencias sean exigencias de la materia y voluntarias del poeta, quien arcaíza a veces, a propósito, como en el empleo, por ejemplo, de la digamma, cuya presencia o ausencia no constituye, de por sí, argumento fundado de antigüedad o de modernidad. Y si consideramos que Hesíodo está poco alejado de Homero ¿qué de extraño tiene que, donde la temática lo exija, se presenten apropiadas "innovaciones" políticas, religiosas, etc.?

Por otro lado, es preciso afirmar que en la lectura —lectura de la poesía— nada importante distingue los dos poemas, pues la lengua, metro, estilo y técnica no permiten advertir diferencias visibles. Nos encontramos con la misma inspiración, con la misma tradición poética. Dentro de ella, sin embargo, el poder de la

fantasía es capaz de crear una gran variedad de tonos, formas y sentimientos. Nunca se es lo bastante prudente, en una obra poética, en apreciar lo que es capaz la obra de un genio. De la posición unitaria se logra algo de gran importancia, la unidad poética de Homero, del cantor único de la *Ilíada* y de la *Odisea*. Solamente así se comprende su profunda y compleja grandeza, la variedad de aspectos y la íntima unidad, el arte elevadísimo y las propias desigualdades, todo lo que constituye su valor universal y absoluto. Y si es cierto que cada uno de los dos poemas sería más que suficiente separadamente para asegurar la grandeza de un poeta, resulta difícil al respecto distinguir y configurar críticamente cuáles serían las personalidades de los presuntos autores de los poemas.

En verdad, también en este caso, no todo llega a ser claro y siguen pesando muchas dificultades, a las que probablemente será imposible encontrar solución. Los propios descubrimientos recientes, al abrir inesperados horizontes a nuestros conocimientos, ofrecen nuevos y difíciles problemas, si bien, hoy, en una perspectiva histórica más concreta. Pero la verdadera importancia de la "cuestión homérica" no radica en sus resultados, necesariamente presumibles y sujetos a continua revisión, sino en haber contribuido a formar una conciencia crítica de la poesía homérica, en haber suscitado problemas y preguntas, ampliando así enormemente nuestros conocimientos sobre todos los aspectos del mundo homérico.

Actualmente, pues, podemos formular los puntos fundamentales de la cuestión en la siguiente forma:

1) En la senda de la tradición de los primeros cantores aqueos, los poemas fueron compuestos en Jonia de Asia Menor durante el siglo IX, "compuestos" como obras de arte, debidas al genio de un poeta que sin duda utilizó "materiales" preexistentes (leyendas, canciones épicas), pero que recreó todo con el poder de su fantasía conformando poemas íntimamente orgánicos en su concepción y estructura.

2) Fijados por medio de la escritura desde su composición, en pocos ejemplares que sirvieron de texto a la recitación rapsódica, se difundieron los poemas en Grecia, sobre todo mediante la redacción ateniense, en una especie de "vulgata" que quedó como base de las ediciones críticas alejandrinas. La transmisión oral, prácticamente incontrolada aunque en algunos lugares, entre ellos la propia Atenas, sujeta a normas y vigilancia, fue sin duda la causa de inserciones e interpolaciones, que a veces se introdujeron en los ejemplares escritos. Pero se trató, sin embargo, siempre de modificaciones episódicas y particulares que no afectaban la unidad artística de los poemas. Casi todas ellas están documentadas en la tradición escrita y son las únicas que se pueden

tener en cuenta. Las demás, en cantidad innumerable (que condujeron hasta la supresión de libros enteros y de grupos de libros, y hasta llegar al caso de que, si se hiciera un catálogo completo de todas las atétesis propuestas por varios estudiosos, no quedaría nada de los poemas), denunciadas y sospechadas por la crítica moderna, quedan en la condición de hipótesis y derivan la mayoría de la mentalidad de "racionalizar" y de "normalizar" a Homero en las presuntas incongruencias psicológicas, artísticas, históricas, arqueológicas, lingüísticas, etc.

3) No hay argumentos objetivamente válidos para negar que la *Ilíada* y la *Odisea* puedan ser obra de un mismo poeta. Si hoy prevalece la tendencia neounitaria, no falta, entre los más recientes estudiosos del problema, quien sostiene poder establecerse la composición de ambos poemas alrededor del año 750 a. de C. e incluso precisar que la *Ilíada* fue compuesta no antes del 750 y la *Odisea* no antes del 720 a. de C., atribuyéndolas, por ello, a un mismo poeta y remitiéndose explícitamente a la opinión del Anónimo *Sobre lo sublime* (cfr. más atrás, pág. 73). Esta es la posición con la que plenamente concordamos, excepto en lo referente a la época de su composición que, a nuestro parecer, ha de anticiparse en cerca de un siglo, y en dejar al Anónimo la responsabilidad de ver en la *Ilíada* la obra de la juventud y en la *Odisea* la obra de la ancianidad del poeta.

4) Nada impide creer en la existencia real de Homero, quien fue concretamente el que llevó a su perfección la poesía épica y le imprimió el sello definitivo de una excepcional personalidad artística, por lo que mereció quedar en la tradición como el más grande entre los cantores épicos.

HISTORIA EXTERNA DE LOS POEMAS

Cuando los poemas llegaron al mundo griego por medio de la redacción escrita, al propio tiempo que la recitación oral, durante el siglo VII, se difundieron en él rápidamente, y muchos centros (en Grecia de Asia Menor, en Grecia propia y en Grecia de Occidente) desearon tener su ejemplar escrito, su "edición" de Homero. Es precisamente este período (siglos VI y V) el de las ediciones llamadas "políticas" (κατά πόλεις) atestiguadas en Marsella, Creta, Chipre, Argos, Sínope y Quíos, poco más o menos coetáneas con la ateniense de Pisístrato, que fue ciertamente la más difundida por la autoridad que le venía de la propia importancia de Atenas.

A las ediciones "políticas" siguen las "personales" (κατ' ἄνδρα; pero ya a fines del siglo VI se atestigua la edición, al menos de la *Ilíada*, del más antiguo homerista, Teágenes de Regio), es decir,

las debidas a la iniciativa de particulares. Tenemos noticias de ediciones de Antímaco de Colofón, poeta y filólogo; de Eurípides, hijo del gran trágico; y luego de la de Aristóteles para su discípulo real Alejandro (puesta hoy en duda) y las de los poetas Riano, Filetas y otros. Es probable que estas ediciones señalen las primitivas tentativas de establecer un texto más seguro que el de las ediciones "políticas".

Hay que tener presente, no obstante, que la difusión oral de Homero, con recitados públicos en las grandes solemnidades religiosas, continuó durante toda la época clásica y más adelante hasta los primeros siglos de la era vulgar, y que, confiada como estaba a rapsodas profesionales que no tenían ciertamente preocupaciones filológicas, tal situación ejerció un notable influjo en la corrupción de un texto tradicional e incontrolado.

Solamente en el siglo III se dieron las condiciones favorables para el surgimiento de una actividad filológica. El impulso despertado por los estudios histórico-literarios de Aristóteles y de su escuela sobre la poesía, épica y dramática principalmente, se vio favorecido con la constitución de las primeras recopilaciones de libros en el mundo antiguo. La más famosa y amplia de ellas, la Biblioteca del Museo de Alejandría, reunió por primera vez en muchos centenares de miles de volúmenes, es decir, rollos de papiro, toda la producción literaria de la civilización griega. Tras un primer trabajo de sistematización y de catalogación, que señaló el nacimiento de la historia literaria, los doctos encargados del estudio y conservación de esta enorme colección bibliográfica se encontraron, precisamente frente a Homero, que era por excelencia "el Poeta", con el problema de establecer un texto crítico, problema que derivaba de las diferencias que comprobaban en el confrontamiento de las diversas ediciones homéricas que confluyeron a la Biblioteca del Museo. Surgen así, por la necesidad de constituir el texto más seguro posible de Homero, las primeras ediciones críticas (διορθώσεις, propiamente "correcciones, enmiendas") de los grandes filólogos alejandrinos. Zenódoto de Éfeso (*circa* 325 - *circa* 260), Aristófanes de Bizancio (*circa* 257 - *circa* 180), Aristarco de Samotracia (*circa* 217 - *circa* 145), que vivieron todos y trabajaron en el Museo de Alejandría, procuraron cada uno con propios criterios llevar a cabo esta tarea. En esta forma nace, aunque fuera rudimentaria en sus medios, la crítica filológica sobre el texto de Homero.

Aunque es probable que la importancia de estos filólogos, respecto a la calidad y autoridad de sus ediciones, haya sido algo exagerada por algunos estudiosos modernos, no obstante trabajaron de manera decisiva en la eliminación, en el texto homérico, de las escorias de la transmisión oral, representadas sobre todo por el conjunto de versos formularios o de cualquier modo típicos

que aparecen tan frecuentemente en las citas de los escritores áticos de los siglos v y iv e incluso en los papiros hasta el año 150 aproximadamente a. de C. En sus ediciones fijaron, ya para siempre, el número de versos que, con pocas oscilaciones, sigue siendo el de las nuestras. Por otro lado se atribuye a Zenódoto la subdivisión (sobre la base de las rapsodias preexistentes, según las cuales citan a Homero incluso Platón y Aristóteles) de los dos poemas en veinticuatro libros cada uno, adaptando para ello una numeración especial, las veinticuatro letras del alfabeto jonio con valor de cifra, sin las intercalares "stigma", "coppa" y "sampi". Estas ediciones fueron completadas con amplios comentarios, en forma de tratados, que ilustraban las cuestiones mitológicas, gramaticales y arqueológicas, referentes al texto de Homero, así como recopilaciones lexicales y monografías sobre motivos diversos de la homerología.

De este modo se trasmitió el texto de Homero en innumerables copias, primero en rollos de papiro, y luego en códices de pergamino (desde el siglo ii al iv d. de C.), por todo el mundo griego y greco-romano, hasta que, caído el imperio de Occidente y constituidas las dos culturas en dos mundos prácticamente separados, Homero fue conservado por todo el medievo en el mundo bizantino, griego por su lengua y cultura. En los albores del Humanismo atrajo la atención de Barlaam y Leoncio Pilato, que fue el primer traductor medieval y, luego, de Petrarca y Boccaccio, y fue impreso en Italia (el primero, como era natural, entre los grandes autores griegos) en la famosa edición florentina del año 1488, a cargo del sabio bizantino Demetrio Calcóndilas, prófugo en Florencia tras la caída de Constantinopla y profesor allí de letras griegas.

A partir de los grandes comentarios y obras de erudición de los filólogos alejandrinos sobre Homero, se vinieron después constituyendo, por un continuo proceso de reducciones y epítomes durante la época greco-romana y bizantina, las recopilaciones de notas interpretativas (σχόλια: escolios), valiosas para nosotros por contener amplios restos de la actividad crítica y hermenéutica de los filólogos alejandrinos y, en general, de toda la antigua homerología.

IMPORTANCIA DE HOMERO

La influencia ejercida por Homero sobre toda la cultura griega, comprendida en ella la época bizantina, fue enorme. Con sus respectivas diferencias, solamente el *Antiguo Testamento* fue para el pueblo hebreo lo que Homero fue para los griegos.

En el campo propiamente literario Homero formó la lengua

de los griegos, no tan sólo en el género específicamente épico, sino para toda expresión poética: la del mundo hesiódico con ser tan diverso del homérico, la de las diversas formas de poesía lírica y la del drama. No hay poeta que no imite, que no repita, que no recuerde a Homero, aun donde la inspiración sea diversa y alejada. Sobre Homero se forma aquel sentido tradicional de fuerza tan activamente poderosa que es el referirse con plena conciencia a un modelo considerado ejemplar e insuperable. Homero será no solamente el prototipo del poeta épico, sino el inspirador, con su patrimonio mítico y heroico, de la lírica y la tragedia, de la que la *Ilíada* con su final luctuoso fue considerada precedente, en tanto que, a su vez, se reconocería una prefiguración de la comedia en el desenlace feliz de la *Odisea*. Entre tanto, muy pronto, en la cultura y en la escuela, Homero fue la sustancia del espíritu griego en todas sus formas y manifestaciones, el autor en que se formó la educación de toda Grecia en todas las épocas; y del estudio de Homero nacieron la crítica literaria y la "poética", la erudición histórico-arqueológica y el método filológico. Más aún, Homero fue la conciencia del pueblo griego, de la unidad del espíritu griego, el poeta en el que los griegos, que no constituyeron nunca una nación, se reconocieron y se encontraron siempre como partícipes de la misma civilización, es decir, el patrimonio de valores que eran conscientes de haber creado y que constituye la herencia insustituible dejada a partir de ellos para siempre a la humanidad.

Si se tiene, en fin, presente que con la traducción de la *Odisea*, hecha en Roma por el tarentino "semigraecus" Livio Andrónico hacia el año 240, comenzó la poesía latina artística, y si se piensa en las inmensas consecuencias de este hecho para la literatura romana y, a través de ella, para la cultura europea, se tendrá la visión de lo que Homero representa en la historia de la humanidad.

CAPÍTULO TERCERO

HOMERO MENOR

TRADICIÓN ÉPICA

Homero, como hemos visto, había cantado, en torno a la gesta troyana, las glorias de la Grecia arcaica, guerrera y feudal, en la perfección de un arte que proponía el ideal de la vida esforzada como conquista y gloria de una sociedad ya desaparecida. Pero este sentimiento heroico, que inspira y ennoblece la poesía épica, se extingue precisamente con Homero, quien lo fija en una forma de arte insuperada y lo transmite a la posteridad.

Nace así la tradición épica, no ya como hecho de inspiración sino como fenómeno literario. La propia excelencia de la poesía homérica, muy pronto así reconocida, renovando y difundiendo el gusto de la narración épica, hace que, por un fenómeno natural, fuera atribuida a Homero toda la producción que se inspiraba en él y en la que Grecia se mantuvo largo tiempo aun cuando ya no era más que el fruto de ejercitaciones y ocupaciones profesionales en los modos y formas de Homero.

a) *Himnos* (Ὕμνοι): en este "corpus" atribuido tradicionalmente a Homero, el grupo más importante está constituido por treinta y tres composiciones en hexámetros épicos, de variada extensión, desde tres versos en el *Himno a Deméter* (XIII) hasta quinientos ochenta en el *Himno a Hermes* (IV). El propio nombre de "himnos" indica su naturaleza, es decir, poesía en honor de una divinidad, en tanto que su otra denominación de "proemios" con que son a veces designados señala su destino para servir de preludio o introducción a los recitados épicos. Pero en ellos el primitivo y prehomérico tipo lírico del antiquísimo himno religioso y cultural, atestiguado en escasos restos, se ha "homerizado" no sólo en la forma exterior sino también en su espíritu que conserva muy poco (invocaciones, epítetos culturales) del himno originario, en tanto que asume de buen grado el tono amplio de la narración de gestas y empresas del dios. Asimismo la propia extensión alcanzada por algunos himnos demuestra claramente que

nacieron como composiciones autónomas, desvinculadas de la primitiva función proemial, es decir, como pequeños poemas de forma épica para celebración de un dios, según las tradiciones de cultos locales atestiguados comúnmente en Jonia de Asia Menor, donde es verosímil, por tanto, que se haya desarrollado tal himnografía. Los dioses en ella celebrados son en su mapor parte los olímpicos, como Apolo Delio y Pítico, Hermes, Afrodita, Ares, Artemis, Atenea, Hera, Hefesto, Posidón, Zeus, pero también Deméter y Dioniso, Asclepios y los Dióscuros, Helios y Selene, etc. Cronológicamente se sitúan tales himnos entre los siglos VII y III, y mientras los más antiguos (*A Apolo, A Hermes*) se relacionan directamente con la tradición homérica, otros se refieren al ambiente ático (*A Deméter*) del siglo VI, y otros, en fin, son simples imitaciones manifiestamente tardías.

En su conjunto, el valor poético de estas composiciones es muy modesto. La simplicidad de la forma homérica se torna pesada bajo los oropeles de la imitación puramente exterior y a menudo inhábil. Sólo en los himnos más extensos y más antiguos se advierte un empeño que logra, a veces, conseguir el efecto poético de una inspiración vigorosa y sentida, como la descripción del nacimiento de Apolo en Delos con la naturaleza sonriente que se regocija entera ante el niño divino, o el dolor de Deméter en busca de su hija raptada, o la escena de la seducción de Anquises por obra de Afrodita. Pero es notable el intento de variar, bajo la forma tradicional, los motivos y la temática del canto. Así, por ejemplo, el poeta del *Himno a Hermes* no está falto de una genuina vena jocosa —no desconocida en cualquier caso por Homero— en los episodios del hurto de los bueyes, de la invención de la cítara o del engaño en que "viduus pharetra risit Apollo", o en la propia presentación del dios que (v. 17 y sigs.):

Nacido al alba, a mediodía tocaba la cítara
y a la tarde robaba los bueyes de Apolo, el que hiere de lejos.

El poeta del *Himno a Apolo* en unos versos (146-150, 165-172, citados por Tucídides,III,104, como de "Homero", y que muestran ya formados algunos rasgos de la leyenda del poeta) se describe a sí mismo como "el ciego que habita en la rocosa Quíos, cuyos cantos sobresalen todos para el futuro", revelando así la afirmación de una personalidad en la tradición épica.

Asimismo estos himnos "homéricos" crearon, a su vez, una tradición: la himnografía religiosa órfica, los himnos de Calímaco, algunas composiciones de Teócrito y el gran himno a Zeus del estoico Cleantes en la época helenística, y los himnos filosófico-religiosos del neoplatónico Proclo en el siglo v d. de C.

b) *Epigramas* (Ἐπιγράμματα): en su origen, propiamente, "inscripciones". Son dieciséis brevísimas composiciones incorporadas en la *Vida* del pseudo-Herodoto, como compuestas por Homero en ocasiones varias. No tienen nada de épico excepto la lengua y el metro, si bien el XV, que se inspira en una costumbre popular según la cual los niños andaban de casa en casa pidiendo regalos (*Eiresióne*), termina con dos trímetros yámbicos. La misma *Vida* nos transmite el epigrama que habría sido colocado sobre la tumba de Homero (*A.P.*,VII,3):

Allí la tierra esconde la sagrada cabeza
del divino Homero, cantor de héroes.

c) *Margites* (Μαργίτης, necio): era el héroe ridículo del pequeño poema homónimo, con el cual, según Aristóteles, Homero había suministrado el modelo a la comedia. El personaje era un necio presuntuoso que no llegaba a contar más allá de los dedos de una mano, que (frag.3 Kink.):

sabía muchas cosas, pero todo lo sabía mal,

ignoraba si lo habría parido su padre o su madre, y cosas parecidas. Con su mujer, luego, se había comportado bastante torpemente; y en un fragmento de papiro muy reciente se habla frecuentemente de un utensilio (el orinal) no conocido hasta el drama satírico y la comedia. El carácter jocoso está dado, en cuanto a la forma, por la discontinua inclusión de trímetros yámbicos dentro del solemne hexámetro, que sería, por lo tanto, el ejemplo más antiguo de tal metro.

Este pequeño poema (atribuido unánimemente a Homero hasta la época de Aristóteles y conservado aún en el siglo XI) fue famoso en la antigüedad. Además de Arquíloco, lo conocerían Cratino y Aristófanes; Platón nos ha transmitido el verso antes transcrito; Demóstenes aplica el sobrenombre a Alejandro Magno; y Calímaco parece haberlo estimado.

d) *El combate de los ratones y las ranas* (Βατραχομυομαχία): es un pequeño poema de trescientos tres hexámetros épicos que se ha conservado completo.

El ratón Hurtamigas, hijo de Roepán, escapando de un gato llega a la orilla de un pantano, donde Hinchacarrillos, rey de las ranas, para mostrarle las ricas provisiones de su morada, no inferiores a las alabadas por el ratón, le induce a atravesar el pantano subido a su espalda.

Durante la travesía, el ratón, que no tiene familiaridad con el agua, es presa de terror cuando aparece una hidra. La rana se salva sumer-

giéndose, en tanto que el ratón se ahoga míseramente. Conocida la funesta noticia, los ratones deciden tomarse venganza sobre las ranas. Se arman (las grebas son habas verdes, cáscaras de nueces los yelmos, y otros utensilios por el estilo) y se dirigen en guerra contra las ranas. Éstas, tras protestar en vano por la inocencia de Hinchacarrillos, se arman a su vez (con hojas de malva por grebas, corazas de acelga, escudos de hojas de col) y afrontan al enemigo. Asimismo los dioses se interesan en la contienda, pero Atenea no quiere ayudar a ninguna de las dos líneas, a los ratones porque entre otras cosas le han roído un hermoso peplo, a las ranas porque le perturban el reposo con su continuo croar. Se inicia así una épica y sangrienta reyerta, en la que caen numerosos combatientes de ambas partes, con incierto éxito hasta que baja al campo de batalla el ratón Robacortezas, hijo de Acechapán, terrible guerrero semejante a Ares, que amenaza exterminar a las ranas. Movido a piedad por ellas, Zeus intenta enviar en su ayuda a Atenea o Ares, pero éstos rehusan hacerlo. Zeus entonces lanza su rayo, que tampoco vale para detener el ímpetu de Robacortezas. Sólo un ejército de monstruosos cangrejos, que cortan las colas y patas de los ratones, mientras éstos nada pueden hacer contra sus corazas, consigue ponerlos en fuga y salvar a las ranas.

Todo el pequeño poema es una feliz parodia homérica, no sólo en el metro, la lengua, el estilo y el tono solemne, sino también en el uso de todo el aparato épico: las invocaciones a las Musas, la mísera muerte de Hurtamigas, el envío de heraldos, la asamblea de combatientes, la lucha cruenta y la intervención de los dioses. Los nombres expresivos de los nuevos héroes, el accidente risible y la propia minucia de los detalles, transponen de una manera natural la grandiosidad del aparato épico a un plano de acertada comicidad y la disuelven en una parodia sostenida y no vulgar, que logra su efecto por el inevitable parangón con el modelo para todos conocido y presente. Corre por el poema una vena feliz y un espíritu sutil, que no sin razón agradó a Leopardi, y por ello parece fruto de una época (quizás el siglo v) que, ya avispada por la comedia, ha aprendido a mirar con nuevos ojos el mundo heroico cantado por Homero.

Según testimonio de Plutarco parece que el poema estuvo todavía en boga en la época greco-romana; y encontró una singular fortuna en el medievo bizantino, en el que fue imitado por Teodoro Pródromo (siglo xii) con un *Combate de gatos y ratones*, y fue difundido en un número de manuscritos poco inferior al de la *Odisea*.

CICLO ÉPICO

Con el nombre colectivo de *Ciclo épico* (ἐπικὸς κύκλος), que aparece ya en la época cristiana aunque quizá con precedentes helenísticos, fue ordenada toda la producción épica, más propiamente heroica, nacida precisamente en la senda de la tradición homérica, para completar y reunir en torno a la *Ilíada* y la *Odisea* los numerosos poemas compuestos entre los siglos VII y V sobre diversas "gestas". Conocemos esta sistematización por una compilación que hizo al respecto Proclo, en una perdida *Crestomatía literaria* en cuatro libros, de la que nos han llegado varios resúmenes.

Según dicha fuente, el *Ciclo* comenzaba por una *Teogonía,* en cuyo inicio se hablaba de la unión de Urano y Gea, y terminaba con una *Telegonía,* en la que se narraba la muerte de Ulises a manos de su hijo Telégono nacido de Circe. Su ordenación sería probablemente la siguiente: *Teogonía* (distinta de la hesiódica, de que se hablará en el capítulo IV; hubo además otros poemas sobre el tema); *Titanomaquia* (dos libros), atribuida muy a menudo a Eumelo de Corinto; *Cantos de Chipre* o *Cipríada* (once libros); *Ilíada; Etiópida* (cinco libros) de Arctino de Mileto; *Pequeña Ilíada* (cuatro libros) de Lesques de Mitilene; *Destrucción de Troya* (dos libros) de Arctino de Mileto; *Regresos* (cinco libros) de Egias o Agias de Trecena; *Odisea*; y *Telegonía* (dos libros) de Eugamón de Cirene. También se incluyeron en el *Ciclo* otros poemas calificados como "cíclicos" y que parecen pertenecer a un ciclo propiamente tebano (*Edipodia, Tebaida, Epígonos*), lo que no resulta claro. Probablemente en su origen hubo un *Ciclo troyano,* un *Ciclo tebano* y quizás otros menores, que fueron luego sistematizados en un único gran ciclo mitológico-heroico. Fuera del *Ciclo,* pero asimismo atribuidos a Homero, estaban la *Cacería de Anfiarao,* la *Toma de Ecalia* y la *Foceida.*

Las atribuciones antes indicadas se fundan tan sólo en referencias parciales relativamente tardías, pues la tradición más antigua, hasta la época de Heródoto al menos, atribuía en bloque el *Ciclo* a Homero. De todo este imponente conjunto de poemas, conservados aún en época de Proclo (según testimonio de Focio, patriarca de Constantinopla en el siglo IX, que leyó la *Crestomatía* y nos ha dejado de ella un epítome), no quedan más que unos pocos y breves fragmentos, que no permiten una apreciación crítica. Es significativo el espíritu racionalista de los nuevos tiempos, según el cual se explica el origen de la guerra troyana (en el fragmento 1 de la *Cipríada*): Zeus, movido a piedad hacia la tierra oprimida por un excesivo número de hombres, suscita la guerra para aliviarla del peso insostenible. Lo poco que puede leerse

manifiesta solamente la imitación homérica como ejercitación, versificación a veces hábil, y nada más. Por otro lado, es fácil imaginar que, en un número tan grande de versos, estos poetas no podían sino diluir la narración con digresiones, episodios y detalles, en búsqueda cada vez más difícil de algo nuevo. El propio significado peyorativo de "cíclico" (por ej. en Horacio, *A.P.*,136) confirma la difusa extensión y torpeza de tales producciones. Sin embargo por conservar y utilizar de algún modo materiales y temas prehoméricos suministró temas y leyendas a la lírica, a la tragedia, a la épica helenística, a Virgilio y a la épica bizantina, y, por ello, posee un lugar notable en la historia literaria.

ÉPICA EXTRA-CÍCLICA

Esta amplia cantidad de poemas no agotó, con todo, el interés por la narración épica, que continuó más o menos fatigosamente pero siempre en la modalidad homérica en búsqueda de temas y motivos nuevos. Eumelo, además de la *Titanomaquia*, habría compuesto un poema histórico sobre los orígenes de Corinto y otro sobre Europa; de Cinetón de Quíos, famoso rapsoda que habría sido el primero en recitar a Homero en Siracusa y considerado autor de poemas cíclicos, era conocida una *Genealogía*, verosímilmente heroica; y un poema del mismo título era atribuido asimismo a Asio de Mileto. Especialmente notable es, además, un grupo de poemas, de época y procedencia diversa, sobre Heracles, el héroe dórico ya celebrado, como aparece en Homero, en las más antiguas canciones épicas: la *Heraclea* del ya citado Cinetón, y la de un desconocido Conón, de Demódoco Laconio, de Písino de Lindos (Rodas), de Paníasis, tío o primo del historiador Herodoto, en catorce libros; y la más famosa de todas, la de Pisandro de Camiro (Rodas, siglo VI), que se habría apropiado del poema de Písino y habría fijado por vez primera la descripción, que quedó como tradicional, del héroe con clava y piel de león, si bien parece posterior al número canónico de sus doce trabajos. Por el contrario, aunque cantado el héroe ático Teseo en varias *Teseidas*, recordadas por Aristóteles junto con las *Heracleas*, no bastaba, según él, la unicidad del héroe en tales poemas para dar una íntima unidad de argumento. En el siglo V, por último, Quérilo de Samos, contemporáneo de Paníasis, intentó renovar el poema épico cantando la victoria de los atenienses sobre Jerjes. Es muy expresivo un fragmento suyo en el que, envidiando a los antiguos poetas a quienes se ofrecían aún intactos los prados de las Musas, lamenta la dificultad de encontrar nuevos argumentos de canto. Al final del mismo siglo Antímaco de Colofón compone

una famosa *Tebaida*, en veinticuatro libros, de la que hablaremos más adelante.

Si se considera que Antímaco y Quérilo son casi contemporáneos de Eurípides, resultará evidente que son ya sobrevivientes, verdaderos fósiles literarios, retrasados en formas y en motivos (salvo rarísimas excepciones) que no interesaban ya a nadie, completamente fuera de la vida de su tiempo. En realidad la poesía épica termina con Homero, como celebración de un mundo en el que es fuerza aún activa el ideal de la vida heroica.

Después de él, como pasó frecuentemente en Grecia, el influjo de un gran modelo literario servirá tan sólo para excitar cadáveres. Apremian otros sentimientos, otros impulsos, que verdaderamente resucitarán la poesía.